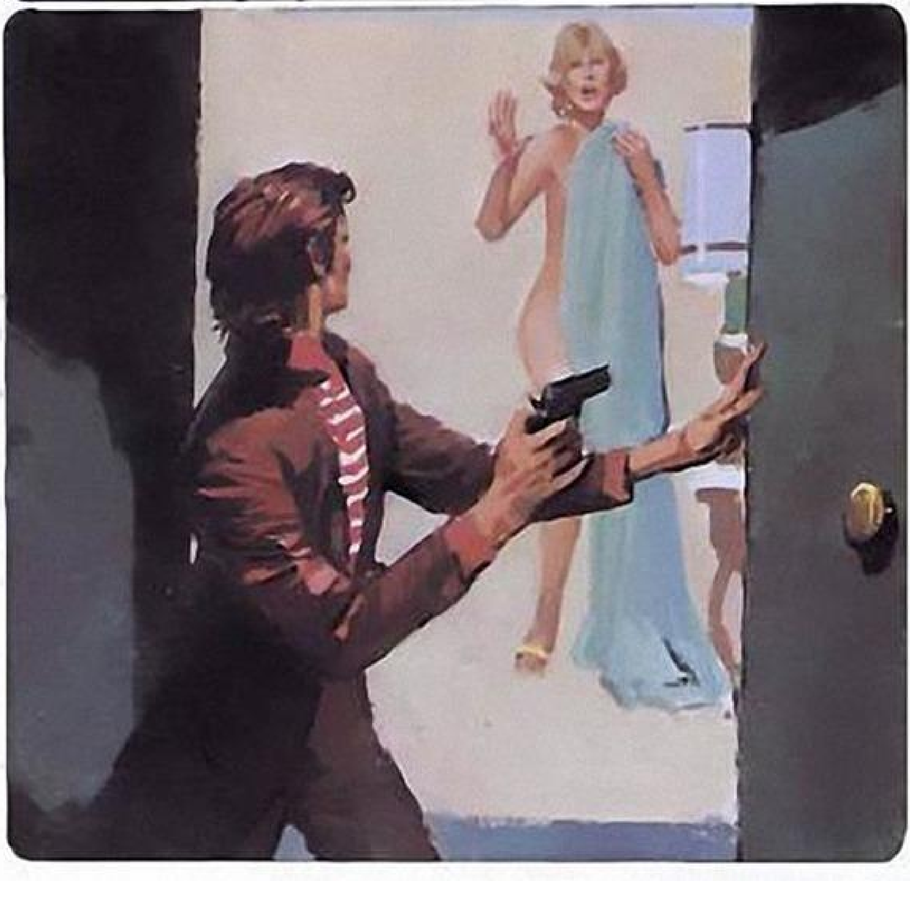
BOLSILIBROS BRUGUERA

SERIE LA HUELLA

Lou Carrigan

GENTE DE INVERNADERO



COLECCION
LA HUELLA

eb

LOU CARRIGAN

GENTE DE INVERNADERO

Colección LA HUELLA n.º 136
Publicación quincenal
Aparece los lunes

LA HUELLA

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BOGOTÁ - BUENOS AIRES - CARACAS - MÉXICO

ISBN 84-02-03656-2

Depósito legal: B. 16.792 - 1977

Impreso en España - Printed in Spain

1.ª edición en esta Colección: junio, 1977

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de EDITORIAL BRUGUERA S. A.
Mora la Nueva, 2 – Barcelona - 1974

CAPÍTULO PRIMERO

Mike Marsh tenía tres grandes ambiciones en la vida. Primera: ir ascendiendo por sus propios méritos dentro del FBI hasta alcanzar los más altos escalafones. Lo cual, en honor a la verdad, era encomiable en un agente especial.

Segunda: encontrar una novia que fuese todo un bombón; algo así como la bellísima actriz de teatro Sheila Carroll. Lo cual, también en honor a la verdad, demostraba el buen gusto de Mike Marsh.

Tercera: tener una casa propia en lugar de un apartamento, y que, aunque no fuese muy grande, hubiera lugar en el jardín para un invernadero. Lo cual sólo servía para demostrar que a Mike Marsh le encantaban las flores en toda época del año.

Y mientras esperaba todo esto, Mike Marsh cumplía como los buenos en la pequeña agencia que el FBI tiene en Syracuse, estado de Nueva York, cerca del lago Ontario. Aunque, una vez más, en honor a la verdad, pocos méritos profesionales se podían acumular en Syracuse, pues allá sólo ocurrían pequeñas cosas. En la opinión de Mike, mientras permaneciese en aquella agencia, tendría las mismas oportunidades de demostrar lo que valía, que las que tendría un jugador de tenis de demostrar lo mucho que sabe jugar al tenis… sin pelota.

Es claro que siempre pasan pequeñas cosas, pero esas pequeñas cosas sólo sirven para trabajar rutinariamente, no para dar lecciones de eficacia, valor y buena disposición para el trabajo.

De modo que así estaban las cosas cuando aquella mañana en que ocasionalmente Mike se encontraba solo en la agencia del FBI en Syracuse, alguien abrió la puerta, y, sin más ceremonias, entró, se plantó delante de Mike y le preguntó:

—¿Usted es del FBI?

Mike Marsh consiguió reaccionar, y se puso en pie como un rayo. Luego, se quedó contemplando a la muchacha como fascinado. Era alta, de formas bellísimas, elegante. Y tenía el rostro más delicioso del mundo: ovalado, cutis fino, grandes ojos verdes con chispitas de oro, boquita sonrosada de gesto dulcísimo, largos cabellos rubios… La definición vulgar, pero exacta, era ésta: un completo y sensacional bombonazo.

—Sí —pudo balbucear Mike Marsh—. Soy del FBI, en efecto, señorita Carroll.

La deliciosa joven parpadeó, desconcertada un instante.

—¿Me conoce usted, señor? —preguntó.

—Pues sí… A menos que esté soñando, usted es Sheila Carroll, la famosa actriz… Dígame: ¿estoy soñando?

—No —sonrió la muchacha—. Soy Sheila Carroll, en efecto.

—Seguro que sí —asintió entusiásticamente Mike—. ¡No puede haber otra persona como usted! ¡Caracoles, esto es fantástico!, precisamente no hace ni unos segundos que yo estaba pensando en… Bueno, estaba pensando que… Pero en fin, me imagino que mis pensamientos no merecen su interés, señorita Carroll.

—No lo sé —sonrió ella—. Para saber si merecen mi interés, tendría que conocerlos, señor…

—Sí, claro… Oh, Mike Marsh: agente especial del FBI. Para servirle. Es increíble…

—¿El qué, señor Marsh?

—Pues…, resulta que usted aún parece más joven y más bonita en persona que en el escenario y en las fotografías de las revistas.

Sheila Carroll entornó los ojos, mientras miraba con simpatía y un tanto burlona sorpresa a aquel sujeto atlético, sobrio, alto, de manos poderosas y cara de boxeador siempre dispuesto a partirse la cara con cualquiera. No era exactamente guapo, pero…

—Es usted muy gentil, señor Marsh. ¿Debo entender que me ha visto actuar?

—Por supuesto que sí… De vez en cuando hago una escapada a Nueva York, y voy a verla al teatro… Hace tres o cuatro semanas la vi en Tres caminos y un destino. La obra es buena, muy seria y bien pensada, pero aunque hubiese sido un rollo, usted la habría salvado con su actuación y su belleza, estoy segurísimo. Su manera de

actuar, su… ¡Caracoles!, usted no ha venido aquí a hablar de teatro, ¿verdad?

—En principio, no —casi rió Sheila Carroll—, pero siempre estoy dispuesta a escuchar elogios de mi persona y de mi arte, señor Marsh… ¿Puedo sentarme?

—¿Qué?

—Sentarme.

—Ah… Oh, por favor, perdóneme… ¡Naturalmente! —Ella se sentó, y él volvió a hacerlo tras su mesa—. ¿En qué puedo servirla, señorita Carroll?

—¿Es usted el jefe de aquí?

—No… No, no. El jefe es un compañero mío, más antiguo que yo y, además, más listo. No está en estos momentos, pero le aseguro que yo haré todo lo que sea para complacerla. Espero que no ocurra nada malo. —Mike pareció recordar de pronto que era un agente del FBI, y entornó los ojos, con lo cual su expresión cambió notablemente—. ¿O sí ocurre algo malo?

—Todavía no estoy muy segura, pero… Bueno, la verdad es que no sé si considerarme precipitada por venir aquí, o bien, ya que he venido, denunciar un delito o dos.

—¿Un delito o dos? —Se pasmó Mike.

—No sé si me han estafado cincuenta y cinco mil dólares o han raptado a un hombre…, o no ha ocurrido ninguna de estas dos cosas.

Mike Marsh se quedó mirándola fijamente. Asintió con la cabeza, ofreció cigarrillos a la muchacha, y, ya fumando ambos, preguntó:

—¿Podría explicarme eso un poco mejor?

—Lo intentaré. Hace Unos días terminamos de representar en Nueva York la obra Tres caminos y un destino, y decidí tomarme una temporada de descanso… Un poco larga, porque, aunque haya personas que no lo crean, trabajar en el teatro es agotador…

—Estoy convencido de eso.

—Muchas gracias. Bien… Decidí que había llegado el momento no sólo de descansar sino de instalarme, a fin de disponer de una base fija, de modo que pensé en comprar una casa cerca de Syracuse…

—Sé que usted nació aquí —sonrió Mike.

—Así es. ¿Realmente es usted… lo que podríamos llamar un admirador mío, señor Marsh?

—¡Por supuesto que sí! Conozco toda su biografía… Al menos, la que se ha escrito tantas veces. —Mike parpadeó—. ¿Es la auténtica, o… hay publicidad en ella?

—Es la auténtica. Pero, señor Marsh, estoy muy sorprendida. Yo diría que su interés por mí es… excesivo. Un hombre que trabaja en el FBI, que supongo serio y…

—No veo en qué se contradicen la seriedad con el gusto por el buen arte, señorita Carroll. Aunque fuese usted una dama fea y gorda, la seguiría admirando como actriz. Yo formé parte del cuadro escénico en mi universidad, y le aseguro que allí, cuando menos, aprendí lo difícil que es ser un buen actor. Por otra parte, mi admiración por usted, se extiende a lo bien que boxea Cassius Clay, lo bien que dirige Otokovsky y lo estupendamente que escribe Caldwell, por ejemplo.

—Entiendo —murmuró ella—. Lo que usted admira, en general, es la obra bien hecha.

—Exactamente. Y ello incluye, es obvio, la belleza. Esto… Perdóneme, estábamos hablando de su descanso.

—Ah, sí. Bien, vi un anuncio en un periódico de Nueva York, respecto a la venta de una pequeña quinta cerca de Syracuse. Exactamente, a orillas del Oneida Lake, cerca de Cicero. Me pareció el lugar adecuado, y decidí ver la quinta. Así que escribí a un apartado de Correos de Syracuse. Me contestó el propietario de la quinta un tal señor Whitaker, diciéndome que podía verla cuando lo desease. Finalmente, siempre por correo, quedamos en que iría ayer a verla. Lo hice, me gustó, llegamos a un acuerdo sobre el precio, y le pagué con un cheque de cincuenta y cinco mil dólares. Convinimos en que esta misma mañana podía trasladarme a la quinta, donde él me estaría esperando con el documento de venta…

—Perdón… ¿Debo entender que usted entregó ese cheque sin recibir el documento de propiedad de la quinta?

—El señor Whitaker me extendió un recibo.

—¿Puedo verlo?

Sheila Carroll abrió su bolsito, sacó el recibo, y lo tendió a Mike, que lo examinó con interés. Acabó asintiendo con la cabeza, sin encontrar truco alguno por parte del receptor del dinero. Dixon

Whitaker.

—Parece que todo está bien —murmuro.

—Así lo creí yo. Pero, cuando esta mañana he ido a instalarme allá, y, claro, a recoger el título de propiedad, el señor Whitaker no estaba. Me ha recibido su ama de llaves, una tal señora Cavendish, y me ha dicho que el señor Whitaker no había pasado la noche en la casa. Lo extraño era que su coche estaba en el garaje. Y aún seguía allí al marcharme yo, un poco… disgustada, francamente.

—Lo comprendo. ¿Su cheque era contra un Banco de Nueva York, supongo?

—Sí… Sí, sí.

—No quisiera pecar de malpensado, pero quizá sería conveniente que usted llamase allí dando instrucciones para que no sea pagado, al menos, hasta nueva orden. Si eso originase alguna acción legal contra usted, tendría mucho gusto en presentarme para aclarar las causas de su actitud. Ojalá nos equivoquemos, pero esto podría ser… un pequeño timo. A menos que tenga usted la certeza de que ese señor Whitaker era el auténtico propietario de la quinta.

—Sí, sí lo es… El ama de llaves así lo ha asegurado. Ella estaba ya allí cuando el anterior propietario vendió la quinta al señor Whitaker, el cual aceptó mantenerla en el empleo. Y hace de esto casi dos años, según me ha dicho la señora Cavendish.

Mike alzó las cejas.

—Estoy seguro de que las cosas tendrán una explicación. Mientras tanto, lo que me parece interesante es una de sus teorías, esa del rapto… ¿A quién cree usted que han raptado?

—Ya sé que parece una tontería, pero… La verdad es que el señor Whitaker me pareció una buena persona: serio, honrado, amable, educado… Y aquellos hombres no me gustaron demasiado, la verdad.

—¿Qué hombres?

—Cuando yo me despedía del señor Whitaker en la puerta de la casa, llegó un coche que se detuvo más allá del mío, bajo un par de eucaliptos. Del coche se apearon dos hombres, y por su actitud, comprendí que querían hablar a solas con el señor Whitaker, así que me despedí. Entré en mi coche, y vi al señor Whitaker caminar hacia los hombres. Cuando di la vuelta con el coche, con las luces encendidas ya que no había casi iluminación en el jardín, pude ver

a los dos hombres bastante bien, durante un par de segundos, y me pareció que estaban un poco irritados. Pero, como no era asunto mío, me marché al hotel. Esta mañana, el señor Whitaker no estaba, pero su coche, sí. Y aquellos dos hombres llegaron con un coche, en el que muy bien pudieron llevarse al señor Whitaker.

Mike Marsh se quedó mirando, como absorto, a la preciosa muchacha. Luego, se rascó la nuca.

—Es una posibilidad digna de estudio —murmuró.

—Quizá le parezco una pobre tonta, pero…

—No, no… ¡De ninguna manera! Todas las personas deberían comportarse siempre con la sensatez de usted. ¿Quizá ha llamado usted ya a su Banco de Nueva York?

—No.

—Hágalo desde aquí —señaló Mike el teléfono de su mesa—. Si no han pagado ya ese cheque, que no lo hagan hasta que usted vuelva a llamar autorizándolo. Mientras tanto, con su permiso, iré al otro teléfono; yo también tengo que hacer una llamada.

Sheila Carroll se dispuso a pedir la conferencia, y el g-man entró en el despacho de su jefe, al cual localizó poco después por teléfono.

—Kerwin, soy Mike. ¿Cómo están las cosas por ahí?

—…

—Ah, estupendo. Escucha, tengo que dejar la agencia, así que sería conveniente que vinieras cuanto antes.

—¿…?

—Pues no lo sé bien. Una de dos: o han estafado cincuenta y cinco mil dólares a Sheila Carroll, o han raptado a un hombre, o… ninguna de las dos cosas. Yo tampoco lo entiendo muy bien, pero algo hay que hacer, ¿no te parece?

—¿…?

—Sí, has oído bien: Sheila Carroll.

—¿…?

—Que no, hombre, que no es ninguna broma. Es ella. Nadie podría engañarme en eso.

—¡…!

—Sí que es fantástico —parpadeó Mike Marsh—. Pero no estoy soñando. Bueno, ¿cuánto vas a tardar?

—…

—Ah, estupendo. Entonces, yo me marcho ahora mismo con Sheila Carroll. Hasta luego, Kerwin.

Colgó, quedando pensativo unos segundos y, luego, regresó a la oficina general. Sheila Carroll estaba colgando el teléfono en aquel momento. Se volvió hacia él, desconcertada.

—Nadie se ha presentado a cobrar el cheque, señor Marsh.

—Mejor… Por una parte, claro. Ya que al descartar la posibilidad de una estafa teórica, nos queda lo del secuestro. Aunque siempre hay algo peor que el secuestro… ¿Por qué no le gustaron aquellos dos hombres, señorita Carroll?

—No sé… No me gustaron, eso es todo. Sus caras no eran honradas.

—Lo mejor será que vayamos a esa quinta… Quizá el señor Whitaker haya aparecido ya. Me imagino que ha traído usted su coche, señorita Carroll.

—Sí, claro.

—En ese caso, si le parece bien, iremos en él, y así podré ir haciéndole algunas preguntas más por el camino.

—Señor Marsh, yo… Bueno, quisiera que entendiese que esto no es ninguna denuncia formal, y que… No quisiera que el FBI se molestase por la tontería de una chica, comprenda…

—Señorita Carroll: tan sólo con esa posibilidad de que el señor Whitaker haya sido secuestrado… o asesinado, tenga por cierto que usted no está molestando al FBI… Y cambiando de tema por un momento: ¿sería usted tan amable de firmarme un autógrafo?

—¿Eh…?

—Un autógrafo.

—Pues…, sí, claro. Con mucho gusto…

—Pero no ahora —sonrió Mike—. Cada cosa a su tiempo. Y ahora toca ir en busca del señor Whitaker.

CAPÍTULO II

Pero por más que buscaron en toda la casa, no fue posible hallar al señor Dixon Whitaker. Su coche, en efecto, estaba en el garaje, y en su dormitorio comprobó Mike Marsh no sólo que Whitaker no había pasado allí la noche, sino que no se había llevado nada, según declaración del ama de llaves, la señora Cavendish, después que hubo examinado el ropero y la cómoda.

Por el momento no encontraron ni el cheque de cincuenta y cinco mil dólares, ni documento alguno sobre la venta de la quinta a nombre de la señorita Sheila Carroll, pero allí estaba el portafolios de Whitaker, en un sillón, debajo del gabán. A juicio de la señorita Carroll, todo estaba tal como ella lo había visto cuando salió del despacho acompañada por Dixon Whitaker.

Por lo que, en definitiva, la posibilidad de que aquellos dos sujetos «que no le gustaron» a Sheila Carroll se hubiesen llevado a Whitaker comenzó a adquirir consistencia.

Y mientras pensaba en esto, absorto ante la ventana del despacho, Mike Marsh se dio cuenta de que estaba contemplando un invernadero instalado en un lado del jardín. Parpadeó, atónito, como nunca. Pero, ciertamente, tampoco ahora estaba soñando. Tras él estaba, ni más ni menos que Sheila Carroll, estupenda actriz y la chica más guapa del mundo, a su juicio. Delante, en el jardín, un magnífico invernadero, de madera desde el suelo hasta cuatro pies hacia arriba, y luego de cristal. Incluso podía ver las flores desde allí.

—¿De quién es el invernadero? —preguntó tontamente, volviéndose.

—Del señor Whitaker —respondió Ruth Cavendish—. Estaba ya construido cuando él compró la casa.

—¿Le gustan las flores al señor Whitaker?

—Me parece que no gran cosa —sonrió el ama de llaves—. La verdad es que lo cuido yo.

—¿Viven ustedes solos en una casa tan grande?

—Sí.

—¿A qué se dedica el señor Whitaker?

—Tiene negocios en Syracuse.

—¿Qué clase de negocios?

—No lo sé. Nunca me ha hablado de ellos.

—Pero tendrá un despacho allá, o algún lugar donde podamos llamarle, por si…

—Lo hicimos antes la señorita Carroll y yo —interrumpió Ruth Cavendish.

—¿Y el señor Whitaker no había aparecido por allí?

—No, señor. Nadie le ha visto.

El agente especial volvió a quedar pensativo, contemplando distraídamente a Ruth Cavendish. Ésta era una mujer casi alta, de unos sesenta años, y un magnífico aspecto de pulcritud, seriedad y eficiencia. Bastaba echar un vistazo por la casa para comprender que allá hasta las motas de polvo estaban en su sitio. Si es que quedaba alguna mota de polvo, cosa poco probable teniendo en cuenta la pulcritud de Ruth Cavendish, cuyo rostro, todavía casi bello, reflejaba la más completa serenidad que Mike Marsh había captado en su vida.

—Le agradecería que me apuntase esa dirección de la ciudad, señora Cavendish —dijo Mike—. Y cualquier otra donde le parezca a usted que podría ser buscado el señor Whitaker.

—Con mucho gusto.

—Mientras usted escribe lo que recuerde, quisiera echar un vistazo al invernadero, si no tiene usted inconveniente.

—No… Ninguno.

Mike entornó un instante los ojos.

—Gracias. ¿Viene usted, señorita Carroll?

—Pues…, no sé. La verdad es que estoy un poco cansada de flores. Me envían siempre tantas que…

—Claro… Entiendo. Pero sí podría usted indicarme en qué lugar exacto se detuvo el coche con los dos hombres, y otros detalles que le iré preguntando. Aunque si está cansada y prefiere esperar a otro

momento…

—No, no. Saldré con usted.

—Muy agradecido… A propósito, señora Cavendish, usted estaba anoche en la casa, ¿no es así? Me refiero a cuando llegaron los dos hombres que ha mencionado la señorita Carroll.

—Supongo que sí estaba en la casa.

—¿Lo supone?

—Estoy segura —sonrió el ama de llaves—. Lo que quiero decir es que no sé cuándo se marchó la señorita Carroll, así que no pude ver llegar a nadie.

—¿Dónde estaba usted cuando ella se marchó?

—Supongo que en la cocina, limpiando el servicio de la cena; luego me dediqué a tomar nota para las comidas del día de hoy, y la lista de compras para toda la semana.

—¿Cuándo se dio usted cuenta de la… desaparición del señor Whitaker?

—Esta mañana.

—¿Esta mañana?

—Así es. Anoche, cuando hube terminado mi trabajo, fui al salón, pero el señor Whitaker no estaba allí. Fui hacia el despacho para darle las buenas noches, y vi la puerta cerrada, así que me abstuve de molestarle… Sé que cuando él trabaja no gusta ser importunado por nada.

—¿Creyó usted que él estaba en el despacho?

—Sí. Vi luz por debajo de la puerta. Y como no oí que conversase con nadie, comprendí que la señorita Carroll se había marchado, y que él estaba ocupado. Así que fui a acostarme.

—Pero debió usted ver el coche afuera… El de los dos hombres, claro.

—La verdad es que no me fijé. No lo vi.

—Y tampoco al señor Whitaker.

—No.

—En tal caso, lo de su presencia en el despacho no pasa de ser una suposición de usted.

—Sí… Naturalmente. Pero al ver la luz encendida…

—Entiendo. Señorita Carroll. ¿Dejó el señor Whitaker la luz encendida cuando salió a acompañarla a usted hasta la puerta?

—Sí. Estoy segura.

—¿Y cerró la puerta?

—¿La del despacho? No sé… Lo siento, pero eso no puedo asegurarlo. ¿Tiene importancia?

—Podría tenerla. Si la dejó abierta, y luego la señora Cavendish la encontró cerrada, significaría que el señor Whitaker volvió a su despacho, y estuvo algún tiempo encerrado dentro. Si, por el contrario, dejó la luz encendida, pero la puerta cerrada, podría significar que ya no volvió al despacho, y que por tanto ni estaba dentro cuando la señora Cavendish creyó que sí… Eso podría significar que aquellos dos hombres se lo llevaron a poco de irse usted, sin darle tiempo a nada.

—Comprendo. Pero… no puedo recordar ese detalle, señor Marsh. De veras lo siento.

—Quizá lo recuerde más adelante —sonrió el agente especial—. ¿Vamos a echar ese vistazo al jardín? Por favor, señora Cavendish, escriba esas direcciones.

Salieron al gran vestíbulo, y de allí al jardín, Sheila Carroll fue señalando los lugares exactos, tal como ella recordaba la escena de la noche anterior, y Mike Marsh fue examinando el piso de tierra. Estaban rodeados de césped y flores, pero, en aquella parte destinada a estacionamiento de coches visitantes, sólo había tierra batida. Efectivamente, había dos grandes eucaliptos, y, bajo ellos, se veían las rodadas de un coche…

—¿Se fijó en el coche?

—Me parece que era un «Ford».

—¿Tamaño, color, modelo…?

—Me parece que no serviría para policía, señor Marsh —se compungió Sheila.

—Bueno —sonrió de nuevo el agente—. No se preocupe. También está comprobado que yo no serviría para actor, y eso no ha arruinado mi vida. Por favor, no pise aquí.

—¿Qué…?

—Borraría usted las marcas dejadas por los neumáticos. Y si esto no se aclara, tendré que pedir obtengan unos moldes de esas marcas. Con ellas, y sabiendo que el coche era un «Ford», tendremos una pista nada despreciable. Además, si se llevaron al señor Whitaker, pudo haber violencia, en cuyo caso, quizá encuentren en el suelo sangre o huellas de pies que nos afirmasen

en esta creencia.

Sheila Carroll miraba boquiabierta al agente especial. De pronto sonrió e inquirió:

—¿Me dará usted su autógrafo, señor Marsh?

—¿Mi qué? —Respingó Mike.

—Su autógrafo.

—¿Es una broma? —Frunció el ceño él.

—De ninguna manera. Usted dice que me admira a mí por hacer bien mi trabajo… Bueno: supongo que usted está haciendo bien el suyo.

Mike Marsh parpadeó. Y acabó sonriendo también.

—Tendré mucho gusto en firmarle un autógrafo cuando se demuestre que he hecho bien mi trabajo. Seguramente, como me viene sucediendo hasta ahora, será una cosilla sin importancia, un pequeño malentendido que se solucionará por sí mismo. Aunque… no sé…

—¿Qué es lo que no sabe?

Mike se quedó mirando hacia el invernadero. Hacía apenas dos horas, había estado pensando en sus tres máximas ambiciones. Y ahora, estaba nada menos que departiendo con Sheila Carroll, que le había parecido inalcanzable hasta entonces, algo absolutamente fuera de su órbita… Y a poca distancia, había un invernadero… Y puestas así las cosas…, ¿por qué no pensar que también estaba ocurriendo el principio de su tercera ambición? ¿Por qué no podía ser aquél el caso que sirviese para demostrar lo que él podía llegar a hacer?

—Nada… —murmuró—. ¿De verdad no quiere venir al invernadero?

—Iré —se resignó Sheila.

Cuando llegaron allá, Mike abrió la puerta, y dejó pasar a la muchacha. En seguida lo hizo él, cerrando rápidamente, evitando al máximo la pérdida de calor, un calor que se notaba considerablemente allí dentro, en grato contraste con el exterior, bastante frío.

Pero a pesar del frío, lucía un hermoso sol, que penetraba en el invernadero por el techo y las paredes de cristal. Para Sheila Carroll, al parecer, la cosa no tenía ninguna gracia, mientras que el agente sonreía encantado de la vida.

—Señor Marsh, no comprendo qué espera usted encontrar aquí.

—Flores —replicó Mike.

—¿Flores?

—Y plantas. Pero en especial me gustan las flores. Tenga en cuenta, señorita Carroll, que a mí nadie me envía flores diariamente.

—Lo comprendo —sonrió ella—. Pero mi pregunta se refería al paradero del señor Whitaker; ¿qué espera encontrar aquí referente a él?

—Ah, no —negó Mike—. Nada en absoluto. Mi visita a este lugar obedece sólo a deseo personal. Sucede que hace mucho tiempo que vengo soñando con tener un invernadero propio.

—¿De veras? —Miró curiosamente Sheila a aquel tipo de buenos modales con cara de dar y recibir tortazos.

—Completamente de veras… Es uno de mis tres deseos: tener un bonito invernadero, donde pasar mis ratos libres, cuidando flores, y, a ser posible, obtener alguna especie nueva, a base de injertos… ¿Entiende usted de flores, señorita Carroll?

—No, lo siento.

—Bueno… Usted se lo pierde. Si las observa con atención, verá que son lo más hermoso del mundo…, o casi lo más hermoso. Son fuertes y delicadas al mismo tiempo, pero siempre bellas y fragantes. Hay pocas cosas que produzca tanto placer visual como la contemplación de una bella flor. Mire ésta, por ejemplo: es una begonia escarlata, de la variedad «Flamingo»… ¿No es preciosa? Esta otra es una «Flamboyant»…, observe su tono rojo cereza, incomparable…, aunque se compare su colorido con la cereza; eso es absurdo. Debía ser al revés; deberíamos decir que las cerezas tienen un color parecido al de la begonia «Flamboyant»… ¿No le parece?

—Pues…

—¿Y qué me dice usted de esta «Fascinación»?

—¿De qué? —exclamó Sheila.

—Cineraria «Fascinación» —señaló Mike unas flores que a Sheila le habían parecido vulgares margaritas—. Y nada menos que de las azules. Éste es un buen invernadero, sí, señor. Mire allá: violetas de El Cabo. Y veo geranios, helechos, claveles, ficus… ¡Santo cielo, una prímula malacoides…! ¿Verdad que es fantástica?

Sheila consiguió salir de su estupefacción.

—Debo serlo, si usted lo dice… Pero a mí todas las flores me parecen más o menos iguales, señor Marsh.

—Eso es increíble en una persona de su sensibilidad, señorita Carroll.

—Y además, hace calor aquí dentro. Demasiado calor para mi gusto, francamente.

—Eso sí es un pequeño inconveniente. Pero yo aceptaría de buen grado pasar un poco de ese calor cada día. Al fin y al cabo, significaría que se había cumplido uno de mis tres deseos…, por el momento.

—¿Cuáles son los otros dos? —rió la bella actriz.

—Pues… Uno de ellos es llegar muy alto en el escalafón del FBI.

—Me parece razonable…, y digno de elogio. ¿Y el tercero?

—Hace un día muy bonito, ¿verdad?

—¿Qué…? —se desconcertó Sheila.

—Un cielo sin nubes, aroma de flores… Parece que la señora Cavendish las cuida adecuadamente. ¿Ve usted esas colocadas en ese gran tiesto, dentro de sus propias macetas? Bueno, pues debajo, en el fondo, debe haber grava bastante gruesa, a fin de proporcionar una porosidad conveniente. Lo de encima, según la flor y los casos suele ser gravilla, turba, arena, vermiculita, perlita…

—Aunque sólo fuese por lo que sabe de flores, señor Marsh, insistiría en que me diese usted su autógrafo. ¿Salimos ya?

—Sí, claro… En seguida. Ah, un momento —señaló una trampilla de madera en el suelo, de unos cuatro pies cuadrados—. Aquí deben estar los mandos de la instalación de riego. Si no le importa soportar este calor unos segundos más echaré un vistazo para tener una idea de…

Mientras hablaba, había asido la anilla y tirado de ella hacia arriba. La trampilla pesaba bastante, y no parecía que estuviera siendo utilizada con frecuencia, pero la fuerza de Mike Marsh estaba muy por encima de aquella pequeña dificultad. Y, al alzar la trampilla, se calló de pronto, sorprendido…, y no poco desconcertado, fijos los ojos en los peldaños que descendían hacia la más absoluta oscuridad.

Sheila se dio cuenta del desconcierto del agente, se acercó, miró también sorprendida hacia los peldaños, y preguntó:

—¿Qué es esto?

Mike salió bien pronto de su momentáneo desconcierto.

—No sé, pero imagino que debe ser un sótano donde han instalado el sistema de calefacción del invernadero. Será mejor que me espere fuera si no está a gusto aquí, señorita Carroll, porque voy a echar un vistazo.

Descendió varios escalones, y lo primero que vio al encender su encendedor, fue una linterna, colgada de la pared, a su derecha. Y, apenas encender la linterna, vio el interruptor de luz.

—Vaya… Así me gustan a mí las cosas: bien hecho. Si no hay luz, linterna.

Encendió la luz, y colgó la linterna en su sitio. Delante de él quedó iluminado un largo pasillo, que desde el final del tramo de peldaños, se extendía no menos de veinte yardas y allá había otro tramo de peldaños, ascendente…

—¿Qué hay ahí abajo? —Oyó la voz de Sheila.

—Un subterráneo, y —miró a su derecha— el sistema de calefacción, desde luego.

—¿Puedo bajar?

—A su gusto, señorita Carroll.

Ella bajó, y esperó a que Mike dejase de contemplar la caldera de gas. Luego, el agente señaló hacia delante.

—Todavía no he visto ningún tramo de escalones que nos lleve a ninguna parte —murmuró Mike—. Voy a echar un vistazo por allá. Será mejor que venga conmigo.

Comenzaron a caminar. Hacía calor allí dentro, y el pasillo permitía muy escasamente el paso de dos personas a la vez. La humedad era notable, pegajosa, muy molesta, y las paredes, de simple ladrillo, producían una sensación opresiva, como si fuesen a estrechar el pasillo de un momento a otro.

—No me gusta este lugar —susurró Sheila.

Mike ni siquiera contestó. Habían llegado al final del pasillo, y se quedó mirando hacia lo alto del tramo de peldaños, que, por supuesto, conducían a alguna parte, ya que había una puerta. Mike subió, lentamente, oyendo tras él la respiración un tanto pesada de la muchacha, cosa nada sorprendente en un lugar como aquél. Llegó arriba, puso la mano en el pomo de la puerta, y lo movió, temiendo encontrarla cerrada.

Pero no.

Simplemente, el pomo giró, la cerradura obedeció al mecanismo, y, al empujar Mike, la puerta se abrió. Así de simple y de lógico.

Mike salió del sótano, y Sheila se apresuró a subir tras él. Inmediatamente, igual que el agente del FBI, se quedó mirando a su alrededor, desconcertada.

—Estamos en la casa —dijo.

—Eso parece… Exactamente, en el vestíbulo. Allá enfrente está el despacho… En fin, no debemos sorprendernos demasiado, señorita Carroll. Hay invernaderos a los que se llega directamente desde la casa. El hecho de que este tenga comunicación subterránea no me parece importante ni sorprendente, en realidad. Así, en días de lluvia, no hay inconvenientes.

—No me gustan los subterráneos.

—Lo comprendo. Bueno, vamos a…

—¿Señor Marsh? —Oyeron en el subterráneo—. ¡Señor Marsh!

—¡Aquí, señora Cavendish! —contestó Mike—. La señorita Carroll y yo estamos en la casa.

A los pocos segundos, Ruth Cavendish, apareció, procedente del subterráneo, tan serena e impávida como siempre. Llevaba una cuartilla en la mano derecha.

—Salí a buscarle para darle la lista de direcciones, y al ver la trampilla del invernadero levantada, comprendí que habían bajado… Ésta es la lista.

—Muchas gracias, señora Cavendish. Lamento haberla molestado tanto… Me refiero al paseo por el subterráneo.

—Oh, estoy acostumbrada… Ya le he dicho que yo soy quien cuida las plantas. A veces por no salir de la casa, utilizo el pasillo… Podría recorrerlo a oscuras.

—Bueno, celebro que…

—Han llamado por teléfono al señor Whitaker —dijo Ruth Cavendish—. De la TWA.

—¿La compañía de aviación?

—Sí. Al parecer, el vuelo 714, que sale de Nueva York dentro de una hora con destino a París, era el del señor Whitaker.

—¿Cómo?

—Según he entendido, de las oficinas centrales de la TWA en Nueva York, enviaron al señor Whitaker un pasaje para el vuelo 714

de hoy, por correo. Y como el señor Whitaker no se ha presentado para adquirir el *ticket* de embarque, lo han llamado, por si no había recibido el pasaje que le han enviado por correo.

Mike Marsh todavía estuvo desconcertado unos segundos.

—Bueno… Al parecer, el señor Whitaker pensaba viajar a París, claro… ¿No lo sabía usted, señora Cavendish?

—No.

—Quizá esté ahora a punto de salir —sugirió Sheila.

—Lo sabremos muy pronto —gruñó Mike—. En definitiva, va a resultar que el señor Whitaker es un tipo listo que quiere largarse con cincuenta y cinco mil dólares que no son suyos. Aunque no es posible, claro, ya que no había cobrado el cheque cuando usted llamó a Nueva York… Y tampoco se ha presentado para el vuelo. Este asunto empieza a parecerme sorprendente. Sí, lo mejor será que llame a la Delegación de Nueva York para que envíen a un compañero al aeropuerto a enterarse de si el señor Whitaker ha tomado ese vuelo. Así podremos… Un momento. ¿Quién recoge la correspondencia del buzón de la entrada, señora Cavendish?

—Yo lo hago cada tarde, y la dejo sobre la mesa del despacho del señor Whitaker, para que la vea cuando vuelve a casa.

—¿Había ayer tarde alguna carta o mensaje de la TWA entre la correspondencia?

—No… No, no, estoy segura.

—¿Sería tan amable de ir a mirar en el buzón ahora? Si han repartido esta mañana, es posible que esté allí. De nuevo la molesto, señora Cavendish —sonrió.

—No tiene importancia —aseguró ella.

Salió de la casa, y, un par de minutos más tarde, se reunía de nuevo con Mike y Sheila, en el despacho de Whitaker. Ruth Cavendish dejó dos sobres encima de la mesa, ante el agente, que los miró, sin tocarlos. Uno de ellos era el anuncio de una serie de libros de arte, a juzgar por la impresión exterior. El otro llevaba el membrete de la TWA.

—Parece que el señor Whitaker no ha tomado su vuelo —murmuró Mike.

—Quizá en el sobre haya otra cosa, y no el pasaje —sugirió Sheila—. ¿Por qué no lo abre?

—Porque no me gusta que el FBI me detuviese acusado de

violación de correspondencia, señorita Carroll —sonrió el agente.

—¿Detenerle a usted? Pero si es del FBI…

—Precisamente, tendría más delito que otra persona. Sin embargo, vamos a enfocar las cosas del modo legal, a fin de poder abrir este sobre… ¿Querrá usted ayudarme, señorita Carroll?

—¿Yo? ¿De qué modo?

—Tenga la lista de la señora Cavendish… Vaya llamando a estos teléfonos, preguntando por el señor Whitaker. Si aparece en alguna parte, pues… habremos terminado nuestra intervención.

—¿Y si nadie sabe nada de él?

—Si nadie sabe nada de él, y teniendo en cuenta las diversas circunstancias que nos van afirmando en que algo le ha sucedido, pondremos la maquinaria del FBI en marcha: llamaré a mi jefe, él conseguirá el permiso para abrir este sobre, llamará a la Delegación de Buffalo para que alguien venga a tomar huellas en la casa y moldes de esas ruedas de coche… En fin, ya le digo: toda la maquinaria en marcha. No se lo pierda.

Capítulo III

El sobre fue abierto, y, en efecto, contenía el pasaje de avión en la TWA, a nombre de Dixon Whitaker, para el vuelo 714 que había partido aquella mañana del Kennedy Airport. Por lo tanto, Whitaker no había tomado aquel avión.

Mientras tanto, los agentes del FBI llegados de la Delegación de Buffalo se habían ocupado de obtener huellas en la casa, y, especialmente, en el jardín. En principio, no parecían haber señales de lucha, de violencia, y, mucho menos, de sangre. Pero, el experto que dirigía el grupo aseguró que, ciertamente, en determinado punto bajo los eucaliptos había estado detenido un coche, de cuyas ruedas no iba a ser difícil obtener las huellas de su grabado. Además, fueron captadas las huellas de tres pares de zapatos masculinos donde Sheila Carroll dijo que se había reunido Whitaker con los dos hombres llegados en el coche… En realidad, había bastantes huellas diversas por todas partes, lógicamente, pero se concedió especialísima atención a las de los tres hombres que habíanse reunido junto al coche, en el lado derecho de éste. La labor, según todas las perspectivas, iba a ser lenta, rutinaria, incluso aburrida. Pero siempre se tenía que empezar por alguna parte, y no disponían de mejores pistas.

Hacia las siete de la tarde, ya anocheciendo, el agente especial Kerwin, jefe de la agencia del FBI en Syracuse, entró en el salón de la casa, donde estaban el ama de llaves, Mike Marsh y Sheila Carroll. Las dos mujeres estaban sentadas, y Marsh se hallaba ante la puertaventana que daba al jardín, contemplando la última parte del trabajo de sus compañeros de la Delegación de Buffalo…, y mirando de cuando en cuando, con cierta desconcertada expresión, hacia el invernadero.

—Están terminando —dijo Kerwin—. Mañana a primera hora tendremos todos los datos posibles, Mike. Pero no va a ser fácil encontrar un coche por las marcas de sus neumáticos… Y no te digo nada de encontrar a tres hombres por las marcas de las suelas de sus zapatos… ¿Qué te pasa?

Mike se había vuelto, aparentemente para escucharlo con gran atención. Pero Kerwin comprendió que estaba no poco distraído en pensamientos propios.

—Nada —musitó Mike—. Miraba las flores que se ven del invernadero desde aquí. Especialmente unas begonias.

Kerwin parpadeó. Luego, encogió los hombros, sonriendo, y se dirigió a Sheila Carroll:

—¿Ha tomado usted ya una decisión, señorita Carroll?

—No… No sé qué hacer. Es verdad que pagué cincuenta y cinco mil dólares por esta casa, pero… nadie los ha cobrado. Y yo no tengo el título de propiedad. Me parece que lo mejor será volver a mi hotel, pasar la noche allí, y esperar a que esto se arregle.

—Bien… Como guste. Sin embargo, piense que quedándose aquí, no sólo estaría presente en caso de un posible regreso del señor Whitaker, sino que haría compañía a la señora Cavendish.

—Oh, no —protestó el ama de llaves—. Por mí no deben preocuparse. Estoy acostumbrada a la soledad. Además, tengo mucho que estudiar.

Los dos federales y Sheila la miraron asombrados.

—¿Estudiar, señora Cavendish?

—Espero terminar el próximo mes de mayo mis estudios de enfermera.

—Vaya… Bueno, es un poco sorprendente, ¿verdad?

—Supongo que sí —sonrió Ruth Cavendish—. Pero eso es lo que quiero hacer en el futuro, señor Kerwin. Bueno, en realidad no seré una enfermera tal como se entiende esa profesión, sino… cuidadora de niños.

—Ah. —Kerwin no entendía nada—. Sí, muy bien. Me parece formidable, francamente. Los niños son encantadores, ¿verdad?

—No los que yo pienso cuidar, señor Kerwin. Todos ellos padecen poliomielitis… Son unas pobres criaturas necesitadas de muchos cuidados y afectos, a las que voy a visitar siempre que tengo el día libre.

—Eso es admirable por su parte, señora Cavendish —murmuró Kerwin—. Bien, si no le importa quedarse sola en la casa… Ya sabe que si el señor Whitaker apareciese deberá usted llamar a la agencia del FBI.

—Sí, lo haría en seguida, desde luego.

—Gracias. ¿Quiere usted que la acompañemos a su hotel, señorita Carroll?

Sheila miró a Mike Marsh, que nuevamente se había vuelto para mirar hacia el invernadero.

—El señor Marsh vino en mi coche, así que supongo que deberé llevarlo a Syracuse de nuevo.

—Yo he venido en mi coche, así que por eso… ¡Mike! ¿Adónde vas?

El agente, que se dirigía hacia la puerta, ni siquiera volvió la cabeza para explicar, hoscamente:

—Al invernadero.

—Pero ¿qué tienes que hacer en…?

Mike había salido ya, y Kerwin, un tanto mosqueado, miró a Sheila, que sonrió suavemente.

—Al señor Marsh le gustan mucho las flores —dijo.

Kerwin asintió con la cabeza. Sabía eso de Mike, y muchas más cosas, empezando por sus tres deseos.

—Será mejor que lo espere en el coche. ¿Se viene usted con nosotros, señorita Carroll? Quiero decir si regresa ya a Syracuse.

—Sí. Adiós, señora Cavendish.

—Adiós —sonrió el ama de llaves—. Adiós, señorita Carroll.

Ésta y Kerwin salieron de la casa. Sheila fue a su coche, se puso al volante, y miró un tanto irritada hacia el invernadero. ¿Qué se había creído aquel cara de bruto? ¿Que iba a pedirle que la acompañara? ¡Pues estaba fresco si esperaba semejante cosa…!

«Lo malo es que me gustaría que lo hiciese —se sorprendió pensando Sheila—. Y no sé por qué. Ni siquiera es guapo, así que no comprendo qué…».

—¡Kerwin! —Oyó la potente voz de Mike Marsh—. ¡Kerwin, ven acá!

Sheila respingó y salió del coche. Kerwin pasaba junto a ella, sobresaltado, en dirección al invernadero, en cuya puerta había aparecido un instante Mike.

—¿Qué pasa? —preguntó Sheila.

—No sé… Pero no es fácil conseguir alterar así a Mike.

Los dos fueron hacia allá, caminando rápidamente. Cuando entraron en el invernadero, Mike Marsh estaba contemplando un macizo de begonias.

—¿Qué ocurre? —se interesó Kerwin.

Mike señaló las flores.

—Míralas —masculló—. Se están marchitando.

Sheila quedó boquiabierta, estupefacta, Kerwin entornó los ojos.

—¿Y qué? —susurró.

—Esta mañana estaban bien.

—¿Y no pueden estar muriéndose ahora?

—No es lógico. Me parecieron estupendas. En cambio, ahora parecen… Bueno, te lo explicaré de otro modo. Si tú trasplantas unas flores de un sitio a otro, es muy posible que la pifies. En la mayoría de ocasiones, si no sabes hacerlo muy bien, acaban por morir…, después de unas cuantas horas de aparente lozanía final.

—Supongo que me estás diciendo que estas flores han sido colocadas aquí hace unas horas, o un día.

—O, por lo menos, removidas de su sitio siquiera sea temporalmente.

—Pues allí hay otra planta que también parece estar muriendo —señaló Sheila.

Mike se volvió, miró las flores señaladas por la muchacha, y asintió con un gesto. Luego, señaló todavía otra planta.

—Y allí hay otra en las mismas condiciones. En realidad, son tres grupos de plantas los que se están marchitando.

Kerwin volvió a entornar los ojos, mientras miraba alrededor. Hasta entonces, no le había importado un pimiento el invernadero pese a que Mike le había explicado lo del subterráneo que lo comunicaba con la casa. Y poco había que ver allí, en verdad: plantas, flores, regaderas, montones de tierra debajo de los grandes tiestos o grandes jardineras adosadas a las paredes hasta la altura de la madera… También vio herramientas de jardinería. Fue allá, tomó una pequeña azada, y miró significativamente a Mike. Ambos se habían entendido a la perfección.

Bajo la dirección de Mike arrancaron uno de los grupos de begonias, y el agente las colocó en un tiesto, como último intento

de salvarlas. Mientras tanto, Kerwin continuó utilizando la azada, apartando la tierra del lugar que las flores habían ocupado en la profunda jardinera de ladrillo.

—Será mejor que salga de aquí, señorita Carroll —sugirió Mike.

—¿Por qué? No entiendo lo que están…

—Mike —llamó Kerwin.

Mike se acercó y Sheila lo hizo también, a su lado. La reacción de los dos fue notablemente diferente. Mike se limitó a asentir con la cabeza al ver aquella mano hundida en la tierra. Una mano rígida, crispada, como una garra, manchada de oscuro. Sheila emitió un gritito, un gemido más bien, y se apartó, tambaleándose.

—Llévala afuera —susurró Kerwin—. Y avisa a los muchachos que no hemos terminado el trabajo aquí. Que no se vaya nadie.

Mike sacó a Sheila del invernadero, y fue a informar a los demás hombres del FBI sobre el hallazgo. Todos corrieron hacia el invernadero, pasando junto a la petrificada, pálida, impresionadísima muchacha que, por fin consiguió serenarse, y se volvió para contemplar el interior del invernadero a través de los cristales.

La actividad allí era general. Siempre bajo la dirección de Marsh en cuanto se refería a arrancar las plantas y flores, los agentes escarbaron en tres puntos diferentes, colocadas a ambos lados del invernadero. En una de ellas, sólo dos grupos de flores habían empezado a marchitarse. En la otra, tres grupos de flores.

Y ante la aterrorizada mirada de Sheila Carroll, de cada uno de aquellos puntos fue rescatado un cadáver. Los hombres del FBI fueron depositando uno tras otro en el suelo de rojo ladrillo los cuerpos de tres hombres rebozados en oscura tierra… Tres cuerpos tan rígidos que parecían de madera, o algo así.

Uno de los agentes había salido como un rayo hacia el coche para llamar por el radioteléfono de dotación. Mike Marsh, ahora sorprendentemente tranquilo, apareció de pronto ante Sheila, que respingó al darse cuenta de que él le estaba hablando.

—¿Qué…, qué…?

—Si no está en condiciones de hacerlo, lo dejaremos para más adelante.

—¿El qué? —Casi gritó ella.

—Identificar los cadáveres —refunfuñó Mike—. Se lo acabo de

decir. Entiendo que usted vio bien por un par de segundos a los dos hombres que llegaron en el coche. Y, por supuesto, aún vio mucho mejor al señor Whitaker. Como ve, los hemos encontrado a los tres, señorita Carroll.

—Sí… ¿Tengo… tengo que identificarlos yo…?

—Sería conveniente. Al señor Whitaker puede identificarlo la señora Cavendish, pero no a los otros dos. De todos modos, si lo prefiere, la avisaremos cuando los hayan lavado en la Morgue, antes de hacerles la autopsia… ¿Se encuentra mal?

Sheila había desorbitado los ojos, y se tambaleó. Mike la sostuvo por un brazo, mirándola preocupado.

—Sí, yo… yo no me siento… bien, señor Marsh.

—Tranquilícese. Por favor, no se ponga nerviosa, no se preocupe por nada. Vamos a la casa… Le pediremos algo de beber a la señora Cavendish, y le pediremos a ella que identifique, por el momento, al señor Whitaker…

—Listo —pasó junto a ellos el agente que había ido al coche—. Todo avisado. Los de la Morgue estarán aquí dentro de unos minutos, con el «coche de la carne».

La muchacha lanzó otro gemido, y Mike, tras dirigir una furiosa mirada a su compañero, la llevó hacia la casa, siempre sosteniéndola por un brazo. Cuando llegaron ante la puerta Ruth Cavendish estaba allí, mirando con gran interés hacia el invernadero, donde los agentes del FBI mostraban gran actividad.

—¿Qué ocurre, señor Marsh?

—Temo que nos han estropeado algunas begonias, señora Cavendish… ¿Hay *whisky* en la casa?

—Sí… Claro. El señor Whitaker…

—El señor Whitaker ya no beberá más *whisky*. Así que vamos a darle un poco a la señorita Carroll.

Entraron en el salón, y el ama de llaves sirvió *whisky* a Sheila, que bebió un corto trago, y suspiró.

—Está muy impresionada —comentó Ruth Cavendish.

—Es normal: hemos encontrado tres cadáveres enterrados en el invernadero. Y no creo que la señorita Carroll esté acostumbrada a estos hallazgos… ¿Se siente mejor, señorita Carroll?

—Sí… Sí, gracias…

—Me alegro. Tranquila. —Mike miró a la señora Cavendish, y se

quedó contemplando sorprendido su rostro impávido, tan sereno como siempre—. Me parece que usted no necesita el *whisky*, señora Cavendish.

—No.

—Bien… Celebro que sea capaz de soportar una información de esta clase. Supongo que es una tontería preguntarle si se siente con fuerzas para identificar al señor Whitaker.

—¿Él está muerto?

—Bueno… Anoche llegaron dos hombres a hablar con el señor Whitaker, y ahora encontramos tres muertos… Me pregunto qué tres muertos pueden ser sino el señor Whitaker y sus dos visitantes.

—Iré a identificarlo a él.

—Muchas gracias. Yo me quedo unos minutos con la señorita Carroll.

El ama de llaves salió, y Mike se dejó caer en un sillón delante de Sheila, encendiendo un cigarrillo y mirándola de un modo extraño.

—¿Quiere fumar? —ofreció.

—Sí… Sí, gracias, señor Marsh…

Mike le encendió el cigarrillo, y se quedó mirándola, de aquel modo extraño, hasta que ella forzosamente, tuvo que darse cuenta.

—¿Por qué me mira así? —musitó.

—Estaba pensando en quién habrá matado al señor Whitaker y a los otros dos.

—¿Cómo? Pe… pero ellos dos debieron…

—¿Matar al señor Whitaker? —cortó Mike—. Evidentemente, pudieron hacerlo. En cuyo caso, alguien los mató luego a ellos. O bien, los mató a los tres y los enterró. Como comprenderá, si ellos mataron a Whitaker, éste no pudo enterrarlos. Y viceversa: si fue Whitaker quien los mató a ellos, no pudo enterrarse solo… De modo, señorita Carroll, que resulta del todo indiscutible que intervino alguien más.

—¿Quién…?

—Lo averiguaremos.

—Eso no excluye la posibilidad de que hubiese otro más en el coche, esperando. Si permaneció dentro, usted no podía verlo. ¿O sí?

—No… No, no habría podido verlo, claro…

—Aparte de que existen un centenar de posibilidades más respecto a la intervención de una cuarta persona. O más de una persona… Es una lástima que usted se fuese, y que la señora Cavendish estuviese en la cocina.

—Sí… Bueno, yo no tenía nada que hacer aquí…

—Por supuesto.

Mike Marsh quedó silencioso, pensativo, sombrío, procurando no mirar a la muchacha. Una actriz… Nadie mejor que una actriz para actuar del modo conveniente en un momento determinado. Por muy bien que supiese lo sucedido, podía representar el papel adecuado y exacto para aparentar ignorarlo. Y ciertamente, alguien más había intervenido en aquel triple asesinato.

Desde luego, imaginarse a la gran actriz Sheila Carroll representando cualquier papel no era en absoluto difícil. Ella podía dar una lección de cualquier representación en todo momento. Eso no podía dudarse. Pero, no era lo mismo imaginársela levantando a peso uno tras otro a tres hombres, para enterrarlos en un invernadero…

El agente volvió la cabeza al oír pasos precipitados en el vestíbulo. Segundos después, aparecía en el salón Kerwin, con gesto estupefacto.

—Mike —exclamó—: ninguno de esos tres hombres es Dixon Whitaker.

CAPÍTULO IV

Mike Marsh casi lanzó una exclamación de alegría.

—¿Estás seguro?

—Hombre, claro. Al menos, así lo asegura la señora Cavendish. Convendría que la señorita Carroll corroborase…

—Vamos, Kerwin —gruñó Mike—. La señora Cavendish conocía a Whitaker mucho mejor que la señorita Carroll. Si ella dice que ninguno de ellos es Whitaker, no creo que haya más que hablar.

—Sí… Bueno, hay algo que te va a gustar. Uno de los muertos lo he identificado yo mismo: es Charles Bishop.

—¿Quéeee…? —Se puso en pie de un salto Mike.

—Lo que oyes. Con el tiempo que andamos tras él intentando atraparlo en alguno de sus puercos negocios, y… mira por dónde, ya no tendremos que molestarnos.

—¿Quién es Charles Bishop? —se interesó Sheila.

—Un granuja. Un jefecillo de un grupo de sinvergüenzas. Un delincuente muy listo…, hasta anoche, claro. La verdad es que nadie se va a poner luto por un tipo como él, señorita Carroll.

—¿Quiere decir que era… un gánster?

—Exactamente —sonrió Kerwin, frotándose alegremente las manos—. Y le apuesto a que los otros dos son muchachos de su grupo de sinvergüenzas. Habrá que felicitar al señor Whitaker por su… saneamiento de la ciudad.

—¿Los… los mató él?

—No se me ocurre quién más pudo hacerlo. —Kerwin miró a Mike—. ¿Y a ti?

—Debemos suponer que fue Whitaker, claro —admitió Mike. Y luego se apresuró a poner tierra de por medio—: Habrá que hacer una investigación a fondo sobre Dixon Whitaker.

—Llamaremos a Washington esta misma noche —aseguró Kerwin—. Ya verás cómo allí saben algo de él. Y, claro, aunque haya quitado de la circulación a tres indeseables, no podemos felicitarle. Al menos, oficialmente. Así que habrá que encontrarlo.

—Algo debió pasar entre ellos —reflexionó Mike—. Creo que podemos deducir algunas cosas, Kerwin. Por ejemplo, Bishop y dos de sus muchachos vinieron a pedirle cuentas a Whitaker, lo cual nos prueba que él era también un pájaro de cuenta, pues de otro modo, ni se habría relacionado con ellos, ni habría sido capaz de matar a tres hombres. Sí, señor, ese Whitaker debe ser un sujeto de cuidado… Les hizo algo que no les gustó, Bishop y sus muchachos vinieron a pedirle cuentas y los mató. Luego, en vez de largarse a París, como tenía proyectado después de vender la quinta, optó por seguir otro camino, dejándonos con su pista cortada.

—Lo encontraremos —dijo Kerwin con firmeza que no dejaba de sorprender a Sheila—. Tenemos sus huellas en todas partes de la casa, en objetos personales… Las enviaremos a Washington, y mañana mismo sabremos todo lo que se pueda saber de Dixon Whitaker. Mientras tanto, se me ha ocurrido algo respecto al coche cuyas huellas de neumáticos hemos tomado. ¿No te parece que ese coche podría ser el de Charles Bishop?

—Estupenda idea, Kerwin. Eso simplificaría mucho la búsqueda. Barry podría ocuparse de ese asunto.

—Okay. Bueno, Mike, no puedes quejarte… En un solo día, tus tres sueños se han puesto en marcha: tenemos un invernadero, un caso tan importante que seremos tenidos en cuenta, una chi…

—Está bien —gruñó Mike—. Está bien, hombre, está bien.

Kerwin miró a la desconcertada, desorientada Sheila, y sonrió. Desde luego, no parecía precisamente disgustado por el fallecimiento de tres granujas.

—Sí, está bien. Tenemos que… Ah, llega el coche de la Morgue, supongo —se acercó a la ventana y miró al exterior, buscando el vehículo cuya llegada habían oído—. Sí, son ellos… Voy allá. La señorita Carroll podría identificar a los sujetos que vio fuera del coche, ¿no?

—Será mejor que lo dejemos para otro momento —dijo Mike.

—No. —Sheila se puso en pie—. Lo haré ahora. Lo prefiero a tener que ir a la Morgue.

—Les hemos limpiado la cara —dijo cándidamente Kerwin—. Están feos, sucios y fríos como témpanos, pero se les puede identificar muy bien, me parece.

Sheila tragó saliva y Mike la tomó del brazo, dirigiendo una furiosa mirada a Kerwin, que ya les había vuelto la espalda, y salía del salón.

En el pórtico de la casa, estaba Ruth Cavendish, mirando inexpresivamente la camioneta de la Morgue.

Mike pareció a punto de decirle algo, pero miró de reojo a Sheila, y siguió con ésta hacia el invernadero, donde había varios hombres de blanco, con camillas, esperando a Kerwin, que les llevaba unos pasos de ventaja.

—Esperen un momento —dijo Kerwin—. Vamos a proceder a unas identificaciones. Luego, pueden llevárselos. Y que nos envíen el informe cuanto antes a la agencia del FBI. ¿Señorita Carroll?

Los agentes del FBI fueron sacando los cadáveres, que fueron colocados en camillas. Quedaron los tres alineados delante de Sheila, y todos se quedaron mirándola a ella, que volvió a tragar saliva y señaló a dos de los muertos.

—Ésos…, esos dos son los que… los que vi… Al otro no lo conozco.

—Llévenselos —dijo Kerwin.

—Okay.

—¡Barry! —llamó Kerwin.

—Hola —se adelantó el agente.

—Ve con ellos, y ocúpate de sus huellas. Luego las reúnes con las que hemos encontrado en la casa; especialmente, con las que había en los objetos personales de Dixon Whitaker, y me las llevas a la oficina… Tenemos que enviarlo todo a Washington cuanto antes, pues por la mañana quiero empezar a trabajar a toda máquina. Ah: ocúpate también de averiguar qué coche o coches tenía Charles Bishop: cotejaremos sus neumáticos con los modelos que hemos tomado de las huellas que dejó el de anoche.

—Estupendo. ¿Quién va a dormir esta noche?

—Nosotros, no, desde luego —sonrió Kerwin—. Vamos, muévete. ¡Maddox!

El jefe del equipo de huellas llegado de la Delegación de Buffalo se adelantó sonriendo irónicamente.

—¿Qué hay?

—Quiero un examen de lo más meticuloso de este invernadero. Todo. Lo que sea. Alguien enterró a estos tres hombres, así que tuvo que dejar alguna huella: puede haberlas en las herramientas de jardinería, en… en cualquier parte. Habrá que cotejarlas. Ved si hay sangre por el suelo, o en… Oye, ¿tengo que decirte lo que has de hacer?

—No —sonrió Maddox—. Pero yo soy educado y no he querido interrumpirte.

—Hombre, gracias. Bueno, a trabajar.

—Me parece que no va a ser solamente Barry quien se quede sin dormir esta noche —vaticinó Maddox—. Bueno, muchachos, a empezar de nuevo… ¿Estarás en la oficina, Kerwin?

—Seguro que sí. Yo tampoco creo poder dormir, así que no quiero escuchar lamentaciones… ¿Qué pasa ahora?

Un coche apareció a toda marcha en la circular zona de aparcamiento de la villa, y varios hombres saltaron de él inmediatamente. Cuando se dieron cuenta, los destellos de los *flashes* los habían deslumbrado a todos, y Kerwin comenzó a refunfuñar:

—Maldita sea… Los periodistas se han olido algo, y han seguido al coche de la Morgue. Habrá que decirles algo… Mike, encárgate de ellos… No. Yo lo haré. Será mejor que tú acompañes a la señorita Carroll a su hotel en Syracuse. Luego reúnete conmigo en la agencia. ¿Vale?

—Vale —gruñó Mike.

Tomó a Sheila de un brazo, y fueron hacia el coche de ella, deslumbrados por los fogonazos y ensordecidos por un aluvión de preguntas, del cual los salvó Kerwin, requiriendo la atención de los excitados periodistas de la tranquila Syracuse.

Mike suspiró cuando se encontró sentado en el coche de Sheila, y la miró de reojo. Ella parecía estar alucinada, hipnotizada, completamente aturdida.

—Debería estar más acostumbrada a estas cosas, señorita Carroll —sonrió Mike—. Tantas fotografías y preguntas no deben ser cosa nueva para usted.

Ella lo miró y parpadeó.

—No es nada nuevo para mí —admitió—. Pero le aseguro que es

la primera vez que estoy relacionada con la muerte de tres hombres, señor Marsh.

—¿Relacionada? —Alzó Mike las cejas.

—Me gustaría saber quién va a impedir a esos periodistas mencionarme en todo este asunto.

—Ah… Sí, entiendo. Bueno, en definitiva, sólo va a ser un poco más de publicidad para usted, ¿no le parece?

—Voy a ser muy vulgar, señor Marsh, no necesito, ni deseo en modo alguno esa clase de publicidad. Puede tener la seguridad de que va a resultarme muy molesta y desagradable.

—No he pretendido molestarla —farfulló Mike.

Sheila Carroll vaciló. Por fin, consiguió sonreír.

—Perdóneme… Estoy muy nerviosa.

—Es natural.

—Sí, pero usted no tiene la culpa. A fin de cuentas, yo fui a buscarle a usted, no usted a mí.

—Me alegro mucho de que lo hiciese.

Sheila se quedó mirando atentamente aquel rostro de boxeador, con su sólida y saliente barbilla, la gran bocaza, la nariz simpáticamente deformada por los golpes…

—Ahora soy yo quien está en situación de espectadora, señor Marsh, y, repito, me gustaría tener un autógrafo de usted. A su manera, es usted un artista.

—Es lo mejor que me han dicho en mi vida —sonrió él.

—Me alegro. Dígame: ¿ha sido usted boxeador?

—No, exactamente. He practicado el boxeo, pero no profesionalmente, sino como deporte. Y no crea que lo hacía mal.

—Estoy segura de eso. ¿Qué más cosas sabe usted?

—¿Yo? Pues un poco de karate, otro poco de judo, un montón de trucos…, digamos sucios para defensa personal, disparar con las dos manos con cualquier arma, manejar…

—No, no, no… Salta a la vista que en ese aspecto es usted lo que se llama un tipo de cuidado. Me refiero a su estancia en la universidad. ¿Qué estudió?

—Ah. Soy abogado.

Sheila Carroll quedó boquiabierta.

—¿Abogado? ¿Y está trabajando en el FBI?

—Yo creo que cada cual debe hacer en la vida aquello que más

le gusta. Lo contrario, es un fracaso completo… Señorita Carroll: si no salimos de aquí inmediatamente esos periodistas se nos van a echar encima. ¿Quiere que conduzca yo?

—No.

Sheila Carroll puso el coche en marcha, y salieron de la quinta, tomando muy poco después el camino hacia Cicero, desde donde tomarían la nacional 11 hacia Syracuse.

* * *

—Me gustaría invitarle a tomar una copa, señor Marsh… Pero. —Sheila señaló hacia el hotel, ante el cual se habían detenido—, quizá no estaría bien visto que usted subiese a mi habitación… Ya sabe que las actrices tenemos mala fama.

—Usted no.

—¿Cómo lo sabe?

—Conozco su vida de punta a punta, no lo olvide.

—Sigo sorprendida por eso… ¿Se toma el mismo interés por todas las actrices… o actores?

—Ni mucho menos.

—¿Entonces…?

Mike Marsh se quedó mirándola fijamente. Allá estaba… No era una chica parecida a Sheila Carroll, sino ella misma, en carne y hueso. La mismísima Sheila Carroll, de la que se había enamorado como un adolescente tonto en cuanto la vio en fotografía en una revista. Ella no debía tener ni siquiera veinticinco años, y ya era una «estrella»… La más hermosa estrella. ¿Qué haría Sheila Carroll si él le decía que estaba enamorado de ella desde hacía… una eternidad, sólo por haberla visto actuar unas cuantas veces…?

—Supongamos que estoy enamorado de usted, señorita Carroll… ¿Qué le parece?

Ella parpadeó.

—Es una suposición que no me gusta ni lo más mínimo, señor Marsh.

—Lógico. Buenas noches, señorita Carroll.

—Pero, señor Marsh…

El agente ya había salido del coche, y se inclinó, todavía con la portezuela abierta.

—Iré a pie a la agencia. Está cerca. Adiós.

—Pero…

—Al demonio.

Mike Marsh se alejó, dejando a Sheila Carroll estupefacta dentro del coche. Por fin, la muchacha sonrió como divertida.

—Buenas noches, señor Marsh —musitó.

CAPÍTULO V

Sheila sonrió, pero sonrojándose levemente, mientras hacía lo posible por cerrar mejor su salto de cama. Esto lo consiguió en buena parte, pero lo que no pudo evitar fue cierta notable transparencia de la prenda.

—Oh… Creí que era la… la camarera, que… que…

—Si la molesto, puedo volver en otro momento.

—No, no… ¡Oh, buenos días, sí…! ¿No quiere pasar?

—¿Y su reputación?

—Ya somos mayorcitos para estas cosas, señor Marsh. Por favor, pase.

—Quisiera decirle algo —murmuró él cuando hubo entrado—. Es respecto a lo de anoche. Comprenda que no quería ofenderle. Mi intención…

—Es mejor que olvidemos todo aquello. ¿Ha leído algún periódico esta mañana?

—Todavía no. La verdad es que he dormido poco y mal, así que cuando conseguí hacerlo adecuadamente, era ya muy tarde, y… Bueno, no hace mucho que me he despertado. Estaba esperando el desayuno.

—No la entretendré mucho. Sólo quería que usted estuviese al corriente de lo que se ha publicado esta mañana —le tendió dos periódicos—. No se ha podido evitar, lo siento.

—¿Es algo… malo?

—¿Malo? Pues no… No, claro. Pero se habla de usted, han publicado varias fotografías de las que nos tomaron en la casa de Dixon Whitaker… Abajo, en el vestíbulo, hay dos docenas de periodistas, por lo menos. Me pregunto cuánto tiempo más podrá contenerlos el director del hotel. Bien, como usted me dijo que esta

clase de publicidad no le gustaba ni le interesaba, he pensado que debía advertirla.

—Ha sido usted muy amable… Gracias, señor Marsh.

—Si podemos hacer algo por usted…

—¿Podemos?

—Me refiero al FBI, claro.

—Claro. Quizá sí pueda hacer algo por mí, señor Marsh.

—Estamos a su disposición. A decir verdad, preferiríamos que usted se mantuviera… al margen de los periodistas. Nos parece más conveniente reservar toda su posible información para nosotros solo, por el momento.

—Entiendo —dijo fríamente Sheila.

—No está obligada.

—Ya… Pero a ustedes se les ha ocurrido algo, ¿verdad?

—Hemos pensado que podríamos llevarla a un lugar tranquilo, donde nadie la molestaría. Y donde estaría solamente a disposición del FBI. Ya le digo que no está obligada. Comprenda que un caso como éste, con tres muertos, ha armado un revuelo increíble. No tardarán en llegar muchos más periodistas, de todas partes. No es sólo el caso en sí, sino su aparición en él. De todos modos, si usted prefiere afrontar la situación, el FBI no va a obligarla a nada.

—Claro. ¿Y cuál es el plan?

—Tengo un coche en la puerta de atrás del hotel. Podemos utilizar el montacargas de servicio para salir allá, meternos en el coche, y… esfumarnos. Un compañero tiene una cabaña cerca de Canastota. No es un palacio, pero se está muy tranquilo… Cerca del lago. Yo he ido a pescar allí algunas veces.

—¿A usted le parece conveniente esto?

—Tal como están las cosas, sí.

—¿Y cómo están las cosas? ¿Han adelantado mucho en sus investigaciones?

—No se puede decir que hayamos perdido el tiempo.

—Ya. Bueno, señor Marsh, acepto su proposición. Voy a vestirme, y saldremos inmediatamente hacia esa cabaña.

—Muy agradecido, señorita Carroll.

—De nada. Venga al dormitorio, y mientras me visto, me explica todo lo que hayan averiguado…, si es que merezco alguna explicación.

—Sí, por supuesto. Esperaré aquí hasta que usted…

—Venga al dormitorio. Voy a quedar desnuda, ciertamente, pero usted sólo tiene que volverse de espaldas y hablar… ¿Le parece mal que confíe en la caballerosidad de un agente del FBI?

—Me parece normal.

—Pues como supongo que no tenemos mucho tiempo para perder, adelante.

Entraron ambos en el dormitorio, y Marsh se colocó de cara a un rincón. Tras él comenzó a oír el suave crujir de la ropa femenina.

—¿Qué quiere usted saber? —inquirió.

—Todo lo que usted esté autorizado a contarme.

—Bien… Empezaremos por Whitaker. Ése es su verdadero nombre, y, como sospechamos dada la índole del asunto, no es precisamente un ángel. Lo teníamos fichado en Washington, por varias cosas. Había estado en la cárcel, en San Francisco y en Dallas…

—Parecía una excelente persona.

—Cualquiera puede parecer una buena persona. No sabemos todavía a qué se dedicaba aquí. Las personas de la lista que Ruth Cavendish nos facilitó han dicho que sólo tenían tratos superficiales con él. Naturalmente, lo estamos buscando. La teoría más aceptable por el momento, es que él mató a los tres hombres del invernadero… Pero sabemos que está herido.

—¿Cómo pueden saber eso?

—Se ha trabajado mucho en el invernadero esta noche. La señora Cavendish tuvo el gran gesto de abastecer en todo momento de café a mis compañeros… Una dama encantadora. Y de gran corazón… Eso de los niños que tienen poliomielitis… Bien, como le decía, se ha trabajado mucho en el invernadero esta noche. En el suelo había manchas de sangre, que fueron raspadas… Y no fue fácil, ya que alguien había intentado hacerlas desaparecer completamente…

—¿Alguien?

—Alguien.

—Supongo que se refiere al señor Whitaker.

—¿Quién otro podría ser? Nuestro sistema de investigación admite pocos fallos, así que la sangre fue encontrada. Y en bastante abundancia. De esa sangre, algunas gotas no correspondían a

ninguno de los tres cadáveres, así que hemos llegado a la conclusión de que pertenece a Whitaker… Los otros dos sujetos se llamaban Terence Collins y Robert Thorwall. También fichados, desde luego. Y la cosa empieza a ponerse todavía más interesante, ya que ambos han estado acusados en varias ocasiones de tráfico de narcóticos.

—¿Es un caso de drogas, entonces?

—Podría serlo. Lo cierto es que tanto Charles Bishop como sus compinches Thorwall y Collins fueron muertos por la misma pistola. Se ha comprobado esto en balística. Pero no ha aparecido todavía ningún arma. Mucho me temo que van a estropear el invernadero buscándola… en vano, ya que Whitaker debió llevarse no sólo su pistola, sino las que pudiesen llevar Bishop, Collins y Thorwall. ¿Se fijó usted en si Whitaker llevaba pistola?

—Ni se me ocurrió.

—Bueno, a veces se nota el bulto, aunque sea poco, y…

—No. De eso no entiendo nada, señor Marsh.

—Bien… Lo cierto es que Whitaker los mató, fuese con una pistola propia o con una de ellos. Creemos que se llevó a los primeros al invernadero, para conversar allí sobre sus asuntos. Asuntos que aquellos sujetos no debieron ver claro, así que Whitaker los mató. Entonces llegó el otro, muy inoportunamente para Whitaker… Le disparó, consiguió herirle, pero Whitaker lo mató. Estaba herido, pero no tan gravemente que no le quedasen fuerzas para enterrarlos. Luego, huyó.

—¿Por qué huir, si ya los había enterrado, y nadie los podría encontrar mientras él fuese el dueño de la quinta?

—Se la iba a vender a usted.

—Podía haberse echado atrás. De todos modos, antes de huir tenía que esconder los cadáveres, pues de otro modo, usted los habría visto en el invernadero, los habría reconocido, y habría avisado a la policía, les habría dicho que los vio la noche anterior con Whitaker… Tenía que esconderlos.

—Si ya los había escondido…, ¿por qué huir?

—Porque las cosas se le habían puesto feas. Seguramente Charles Bishop disponía de más hombres y éstos sí sabrían a quién pedirle cuentas por la desaparición de Bishop, Collins y Thorwall. Así que, antes de que llegase ese momento, Whitaker decidió escapar, no recordando en tales momentos la cita con usted para la

mañana siguiente.

—Me parece natural.

—Es evidente. Considerando que Whitaker había adquirido un pasaje de avión a París, no podemos dudar que estaba preparando una… especie de fuga. Y esa fuga, implicaba una sucia jugada contra Charles Bishop y su grupo. De ahí surgieron todas las… discrepancias. Y una vez solucionadas a favor de Whitaker, éste se encontró con que no podía tomar ese avión a París, pues estaba herido, y forzosamente se darían cuenta los demás pasajeros… En fin, por el momento, a fin de que los demás compinches de Charles Bishop no le encontrasen cuando decidieran ir a pedirle explicaciones respecto a la desaparición, al no regreso de los tres hombres que habían ido a visitarle: Bishop, Collins y Thorwall. En estos momentos, es muy posible que esos hombres, los que queden, estén intentando localizar a Whitaker, utilizando el coche que nosotros estamos buscando…

—¿Lo tienen ellos?

—Lógicamente. Mire, Bishop y los otros dos fueron a ver a Whitaker. Bishop se quedó en el coche, los otros dos son los que usted vio… Cuando usted se fue, Whitaker se los llevó al invernadero. Luego, fue Bishop y Whitaker lo mató también, resultando herido.

—Pero Whitaker pudo marcharse en el coche de ellos…

—No. Ellos, cuando su jefe y sus dos compinches tardaron tanto en regresar, fueron a la quinta y vieron el coche allá. Eso es todo lo que vieron…, y se llevaron el coche, para evitar que si había sucedido algo comprometedor, el coche quedase como pista para la policía.

—Pero también pudo ser Whitaker quien se fuese con ese coche —insistió Sheila.

—No. Tenía el suyo allí mismo. ¿Por qué utilizar otro coche, que además, tenía el riesgo de que sería identificado por los demás amigos de Bishop, y, por tanto, éstos tendrían una referencia respecto a la dirección de su huida cuando el coche fuese encontrado? Y lo mismo habría pasado de utilizar su propio coche. Eso sin contar con que quizá su herida o heridas le impedían conducir con un mínimo de garantías de seguridad. Así que decidió escapar a pie antes de que llegasen los otros. Y para escapar,

necesitaría dinero. Por tanto, tenían que ir a la casa a buscarlo, pero, muy sabiamente, decidió hacerlo utilizando el pasillo subterráneo que…

—¿Cómo saben eso? Oh, ya puede volverse, señor Marsh.

Mike se volvió, y se quedó sin aliento por unos segundos, ante la deslumbrante belleza de Sheila Carroll.

—¿Le ocurre algo? —sonrió ella.

—No… No, no… Nada. ¿Qué decía usted?

—Le he preguntado que cómo saben ustedes que el señor Whitaker utilizó el pasillo subterráneo.

—Ah, sí. Bien… Han sido encontradas manchas de sangre en el subterráneo, y también han sido identificadas como pertenecientes a alguien que no era ninguno de los tres muertos. Pero sí de la misma persona que estuvo con ellos en el invernadero…

—Todo ese trabajo me parece… No sé… Yo diría que admirable, señor Marsh.

—Lo es, sin duda alguna. Bien, para terminar, parece ser que Whitaker llegó a su despacho utilizando el pasillo subterráneo, recogió dinero y se fue.

—¿Dejándose su portafolios y su gabán? Que se olvidase el portafolios me parece aceptable, pero no el gabán. Estaba herido, ¿no es así? El gabán no sólo le habría abrigado, sino que habría ocultado sus ropas manchadas de sangre.

Mike Marsh asintió lentamente con la cabeza, mirando a Sheila con indescriptible expresión.

—Es interesante lo que usted dice.

—¿No se le había ocurrido a usted? ¿De veras?

—En parte —admitió Mike.

—¿En parte? No comprendo.

—Digamos que estamos sopesando la posibilidad de que el señor Whitaker no llegase a su despacho. Es posible que tuviese el dinero en otro sitio de la casa.

—Si iba dejando manchas de sangre, han debido saber si llegó o no al despacho.

—Desgraciadamente, las manchas de sangre terminan abajo, en el pasillo subterráneo, hacia la mitad. Debemos suponer, con toda lógica, que consiguió contener la hemorragia, así que… ese rastro de sangre terminó en el subterráneo.

—Seguramente, el señor Whitaker les explicará con toda exactitud las cosas cuando lo encuentren. Porque, claro, el FBI lo va a encontrar, ¿no es cierto?

—Sin la menor duda, señorita Carroll. Y así, tendremos a un asesino introducido en los sucios negocios de Charles Bishop, y a quien, cuando menos tendremos que agradecerle que haya eliminado a tres sujetos como Bishop, Thorwall y Collins. ¿Está usted preparada?

—Sí. ¿Debo llevarme muchas cosas?

—Mejor que no. Si algo necesita, nosotros se lo procuraremos. Llévese lo más imprescindible.

—Entonces —ella alzó un pequeño
week-end,
de piel roja—, ya podemos marcharnos. ¿Realmente espera poder engañar a los periodistas?

—Lo intentaremos, al menos. Quiero que sepa que el FBI le agradece mucho su comprensión, señorita Carroll.

Ella le dirigió una mirada un tanto hosca.

—Dígale al FBI que no tiene importancia —refunfuñó.

—Afortunadamente, todo esto está ocurriendo en días en que usted no trabaja. Habría sido engorroso en grado sumo en otras circunstancias… ¿No se lleva los periódicos?

—No creo que ellos pudieran informarme mejor que usted, señor Marsh.

—No —sonrió el agente—. De eso puede estar segura. Muy bien, vamos a ver si tenemos suerte.

* * *

Tuvieron suerte.

Los periodistas debían estar tan atentos acechando la escalera y el ascensor del hotel, que daban al vestíbulo, que, al parecer, olvidaron que había otras salidas. O ni siquiera debieron pensar no sólo en esas salidas, sino en la posibilidad de que la señorita Carroll, cuya fama de atender a la prensa era excelente, pudiera darles esquinazo a los periodistas en una sola ocasión.

Así que, a los pocos minutos, en el coche cerrado que conducía Mike Marsh, ambos estaban lejos del hotel. Llegaron poco después a la Interestatal 90, enfilando la gran recta que, desde Syracuse, les

llevaría hasta Canastota.

Desde allí a la cabaña que tenía el compañero de Mike Marsh junto al lago, el viaje fue todavía más plácido y tranquilo. Dejaron el coche bajo unos pinos, y el agente abrió la puerta de la cabaña, señalando su interior.

—Hay de todo —aseguró—. Incluso teléfono, de modo que si necesita cualquier cosa, sólo tiene que llamarnos.

—¿Esto significa que voy a quedarme sola?

—Si lo desea, enviaremos a alguien para que la acompañe.

—Pero lo cierto es que todos ustedes tienen mucho trabajo.

—Sí.

—Bueno… Me parece que unas horas o unos días de paz y soledad no van a perjudicarme, ni mucho menos.

—Le agradezco mucho que se lo tome por el lado bueno, señorita Carroll.

—Dígame si hay algún otro modo de tomarse esta situación, señor Marsh.

—Me temo que no.

—En tal caso, parece que no tenemos más que hablar. Veo que incluso hay libros aquí, así que lo pasaré bastante bien. ¿Cuándo sabré que todo ha terminado?

—El FBI la avisará.

—El FBI… Muy bien. No quisiera hacerle perder más tiempo.

—Mmmm… Bueno, ya sé que no ha desayunado, pero se puede arreglar fácilmente. En la cocina…

—Haré lo posible por arreglármelas sola.

Mike Marsh se pasó una mano por la bocaza, en actitud impaciente, quizá un tanto desesperada. Por un lado, estaba su deseo de no parecerle brutal y egoísta desde el punto de vista profesional a Sheila Carroll. Por el otro, si le explicaba que la había llevado allí precisamente para evitarle muy posibles molestias por parte de los amigos de Charles Bishop, sólo conseguiría asustarla.

—Así lo espero —murmuró finalmente, de pésimo humor—. No olvide el teléfono, por si algo ocurriese.

—Adiós.

—Adiós, señorita Carroll.

Fue a la puerta, todavía preocupado, y la abrió. La abrió como un completo tonto, olvidándose de todos los detalles que habían

impulsado al FBI a buscarle aquel alojamiento a Sheila Carroll.

Y también como un tonto, se quedó mirando a los dos hombres que había en la puerta de la cabaña, apuntándole con sus pistolas.

—Adentro —dijo uno de ellos—. Sin rechistar y con las manos quietas. Por si le interesa, le diré que sabemos que es usted del FBI, y que, a pesar de eso, estamos dispuestos a todo por tres millones de dólares. Con que, amigo, coloque sus manos en el pescuezo, y… adentro.

CAPÍTULO VI

Mike alzó sus manos, y las puso juntas en su nuca.

Retrocedió, y los dos hombres entraron en la cabaña. Uno de ellos cerró la puerta. Luego, apuntó de nuevo a Mike, mientras el otro le quitaba la pistola, y se la guardaba en un bolsillo del pantalón. Después, ambos miraron con perversa expresión a Sheila Carroll, que los contemplaba con expresión asustadísima.

—Hola, linda jovencita —saludó el que había cerrado la puerta—. Ante todo, vamos a presentarnos. Éste es Marlowe, y yo soy Wilson… ¿Le dice algo eso?

Sheila fue a hablar, pero, al parecer, no pudo, de modo que se limitó a mover negativamente la cabeza.

—¿No? —se sorprendió Wilson—. Bueno, ya verá cómo recupera la memoria cuando empecemos a tomarnos la cosa en serio. Usted, federal, siéntese en ese sillón, siempre con las manos en el pescuezo, y estese muy quietecito. Por el momento, la cosa no va con usted.

—¿Con quién va entonces? —murmuró Mike.

—Con ella, ya lo he dicho. Vamos, siéntese.

Mike obedeció, y dirigió una fugaz mirada a Sheila. Sin lugar a dudas, cualquier persona podía mentir espléndidamente, y más que nadie una buena actriz. Pero la actitud de Sheila Carroll, si era una actuación, no podía ser más genial.

—Yo creo —dijo Marlowe—, que lo mejor es arreglar las cosas cuanto antes, y así nadie perderá tiempo. Vamos a ver, señorita Carroll, si nos entendemos desde el primer momento: ¿dónde están los tres millones de dólares?

—No…, no… Yo no… no sé de qué… están hablando…

—Pues se lo diremos. Queremos los tres millones de dólares

que…

—¿Qué… qué tres millones de… de dólares?

—Mire, nena, hemos leído todo lo que la prensa ha publicado. No quisiéramos ser más listos que el FBI, pero forzosamente tenemos que haber comprendido que algunas cosas no están claras. Oye, Wilson, mira a ver si hay cerveza en el refrigerador.

Wilson abandonó el saloncito-vestíbulo de la cabaña, mientras Marlowe, con gesto complacido y a la vez cansado, se dejaba caer en un sillón.

—Nos explicaremos de modo que las cosas no tengan que ser comentadas varias veces, señorita Carroll. Mire, anoche, estábamos cerca de la quinta de Whitaker, y pudimos seguirlos, pero, de momento, no nos pareció oportuno intervenir. Sin embargo, esta mañana, al leer los periódicos, tomamos una decisión, y nos fuimos a vigilar su hotel. Al poco de estar allí, vimos llegar al federal Mike Marsh, cuya fotografía y nombre airean los periódicos. Lo vimos seguir, dejando atrás a los periodistas, y pensamos que él tenía que ser por fuerza un tío listo, y que se las arreglaría para sacarla a usted del jaleo. Y así fue. Los vimos salir por la parte de atrás, y nos pusimos a seguirlos. A distancia, claro. Ustedes debían estar tan ocupados charlando que no se dieron cuenta de que los seguíamos, y eso nos facilitó…

—Al grano —gruñó Mike.

—Muy bien —dijo Marlowe—: ¡iremos al grano, como usted dice! Empecemos… Hace unos cuantos días, como viene sucediendo desde hace más de dos años, Whitaker recibió de manos de Bishop tres millones de dólares. Con ese dinero tenía que pagar un envío de drogas que nos llegan cada mes vía Canadá, en helicóptero, a través del Ontario. Ese helicóptero trae la droga, Whitaker la pagaba con el dinero de Bishop, la… mantenía en custodia, y, en el momento oportuno nosotros íbamos a buscarla, o le llamábamos diciéndole dónde tenía que entregárnosla. Hace dos noches, Bishop y dos de los nuestros…

—¿Thorwall y Collins?

—Sí… Sí, eso es. Veo que han trabajado bien. Sí, ellos tres fueron a buscar la mercancía que tenía que haber llegado la noche anterior. Y no volvieron. Hacia las dos de la madrugada, Wilson y yo empezamos a preocuparnos, así que fuimos a la casa de

Whitaker, a ver qué pasaba. Y no pasaba nada. No había nadie… Estuvimos en el jardín, en el invernadero, recorrimos la casa… Y no había nadie. De modo que tomamos el coche y nos largamos, pensando que estábamos haciendo lo que convenía. Al día siguiente, esto es, ayer, se organizó todo el jaleo, y esta mañana, por los periódicos, nos hemos enterado bastante bien del asunto. Así que sin pasarnos de listos hemos pensado que Whitaker se las dio de listo, y quiso quedarse los tres millones de dólares y largarse con ellos. Cuando Bishop y los otros dos llegaron, la cosa se lió, y Whitaker supo arreglárselas. Es decir, que Bishop, Collins y Thorwall están muertos, no sabemos qué ha pasado con las drogas, ni tenemos la menor noticia de los tres millones de dólares que tenían que servir para comprarlas…

—El dinero debe tenerlo Whitaker, que desapareció después de matar a sus tres amigos, Marlowe. Por si no lo sabe, Whitaker tenía reservado un pasaje para París, y supongo que quería marcharse allá con el dinero.

Marlowe respingó fuertemente.

—¡Eso no lo dicen los periódicos! —exclamó.

—El FBI no lo dice siempre todo a los periódicos.

—Pero… Vaya, demonios. —Marlowe estaba desconcertado—. Oiga, ¿se las está dando de listo?

—Me parece que son ustedes los que se han pasado de listos. Aquí, nadie tiene tres millones, ni en dólares ni en drogas.

—¿Ni siquiera ella? —preguntó Wilson, regresando de la cocina, con dos latas de cerveza.

—¿Por qué ella? —replicó ásperamente Mike.

—Bueno… Pensamos que podía ser… una amiguita de Whitaker, y que quizá… Bien, estábamos seguros de que la chica era amiga de él, y que sabía dónde estaba el dinero, qué había pasado exactamente, y qué…

—Ustedes son idiotas —espetó Mike.

—¿Y usted es muy listo?

—Parece que más que ustedes. Si pensaron que la señorita Carroll era una… amiguita de Whitaker, y que estaba engañando al FBI, es mejor que lo olviden.

—Todo lo que queríamos de ella es que nos dijese dónde está Whitaker… o el dinero.

—Ella no tiene nada que ver con Whitaker. Fue allá a comprarle la quinta.

—¿A qué?

—Oiga, Marlowe, ustedes acaban de meter la pata hasta el sobaco. La señorita Carroll no es cómplice de Whitaker, ni nada por el estilo. No sabe nada de nada. Y mientras ustedes están perdiendo el tiempo con nosotros, Whitaker anda por ahí, libre, con sus tres millones de dólares.

—O con las drogas.

—No es posible que sean ustedes tan cretinos —bufó el agente —. ¿No pueden entenderlo? No hay drogas. Whitaker decidió quedarse con el dinero, simplemente. Una cosa es esconder por ahí tres millones de dólares en billetes, y otra cosa esconder esa cantidad en drogas. ¡Vamos…!

—Todas estas chicas de escenario son iguales —masculló Wilson —. Aprovechan cualquier oportunidad para ganar dinero, sea como sea. Y cuanto mayor sea la cantidad mejor.

—Si usted no tuviese una pistola le partiría la cara ahora mismo. Pero tendré que conformarme con decir que ustedes son los dos sujetos más imbéciles que he conocido nunca. ¿De dónde sacan que la señorita Carroll es cómplice de Whitaker? ¿Por qué suponen que ella tiene los tres millones de dólares? ¿Sólo porque estuvo allí antes de que Whitaker arreglase de mala manera sus asuntos con Charles Bishop y los otros dos?

—Ella pudo ser cómplice de él, ayudarlo… Todo podría ser una treta que…

—¡Váyase al demonio, idiota! —Enrojeció Mike de ira. Wilson también enrojeció, igualmente, de ira.

—Escuche, federal, usted…

—Cállate —gruñó Marlowe—. Y dame de una vez esa maldita cerveza.

Comenzó a beber, lentamente. No debía ser tan tonto como decía Mike Marsh, aunque, desde luego, en aquel caso había fallado lamentablemente, y, al parecer, comenzaba a darse cuenta perfecta de ello.

Por fin, preguntó, con suavidad:

—¿Cuál es su versión, federal?

Mike Marsh no se anduvo con misterios. Sabiendo lo que se

estaban jugando él y Sheila, explicó todo lo que el FBI había averiguado, sin omitir el menor detalle. Cuando terminó, los dos delincuentes le miraban de un modo diferente. Por una parte, asustados. Por otra parte, tan inquietos, que el agente comenzó a preguntarse si no lo habría echado todo a perder. Decirles a dos tipos como aquellos que el FBI en peso estaba buscando el coche de Charles Bishop, que era el que estaban utilizando ellos, era poner las cosas al rojo vivo…

—Pero podemos hacer un trato —terminó apresuradamente.

—¿Qué trato?

—Las cosas se pueden arreglar a las buenas o a las malas. Guarden esas pistolas, vengan conmigo a Syracuse, digan todo lo que saben sobre esa organización canadiense, y el FBI procurará que ustedes salgan lo mejor librados posible.

—Ahora el idiota es usted, Marsh.

—Sólo se trata de encontrar a Whitaker y de pasar aviso a Canadá para que atrapen a los del helicóptero.

—¿Y nosotros?

—Podrían salir librados con unos cuantos años de cárcel.

—Muy gracioso el chico —aulló Wilson—. ¿Cuántos son «unos cuantos» años de cárcel? ¿Veinte?

—Procuraremos que sean menos. Escuche, Wilson, aquellos tiempos en que todo se resolvía a tiros ya han pasado. No estamos en los treinta o cuarenta. Piensen bien lo que va a significar para ustedes matarnos a la señorita Carroll y a mí. Eso sería poner los pies directamente en la cámara de gas. No pueden ser tan tontos que no comprendan que les encontrarán, más pronto o más tarde… Y para ustedes, siempre será demasiado pronto.

—Podemos pasar al Canadá. Desde aquí es fácil.

—Háganlo —dijo fríamente Mike.

Lo que se hizo fue un silencio no poco inquietante. Los dos delincuentes se miraron. Marlowe acabó su cerveza, se puso en pie, y le hizo una seña a Wilson, llevándoselo hacia la puerta de la cabaña. La abrió, y los dos salieron al porche. Desde allí podían ver bien a Sheila y a Mike, y éstos a ellos. Y viendo sus expresiones, Mike Marsh comenzó a sentir unos continuos escalofríos en la espalda…

—La dejó abierta —dijo Sheila.

El agente la miró, desconcertado.

—¿Qué?

—La puerta del despacho… Estoy segura ahora de que el señor Whitaker la dejó abierta.

—¿Ahora se acuerda de eso?

—Sí. Al ver esa puerta abierta… Bueno, no sé por qué, pero así es. Estoy segura de que la dejó abierta.

Mike miró hacia Marlowe y Wilson. Estaban señalando hacia el lago, y sus gestos no podían ser más elocuentes. Unas finas gotas de sudor aparecieron en la frente del hombre del FBI.

—No creo que eso tenga importancia ahora —murmuró.

Mike asintió. Tenía que serenarse. De lo contrario, Sheila iba a comprender tan bien como él mismo, cuál era la decisión que estaban tomando Wilson y Marlowe.

—Sí —dijo, lo más tranquilamente posible—. Bueno, si estaba cerrada, sólo prueba que el señor Whitaker pudo volver al despacho, encerrarse en él, quizá recoger el dinero…

—Pero no había gotas de sangre en el despacho. Eso podría significar que él no llegó allí.

—Entonces, ¿quién cerró la puerta?

—Ellos dicen que estuvieron en la casa —señaló Sheila a los dos hombres en el porche.

—Pero lo hicieron mucho después que la señora Cavendish se acostase. Si Whitaker estuvo en la casa, y en el despacho, tuvo que ser mientras la señora Cavendish estuvo en la cocina. O sea, mucho antes de que esos dos entrasen en la casa.

—Ellos han dicho que no había nadie allí.

—Debía estar la señora Cavendish, al menos.

—Han dicho que no había nadie… Absolutamente nadie.

—Tenía que estar ella, la señora Cavendish.

En realidad, Mike Marsh no hacia demasiado caso a Sheila. Lo único que pretendía era aceptar su conversación para distraerla, para que no se fijase en las expresiones y expresivos gestos de Marlowe y Wilson. Miró a la muchacha, y de pronto se sintió culpable de todo lo que le iba a suceder muy pronto.

Ella parecía no entender bien la situación… Muy lógico, puesto que jamás había tratado con hombres como aquéllos. Posiblemente, consideraba que todo se arreglaría amistosamente… Estaba tan

absurdamente tranquila que Mike Marsh casi se sintió conforme. No por él, sino por ella. La chica más linda del mundo… Ésa era Sheila Carroll. Y dentro de muy poco, a menos que se estuviese equivocando como nunca en su vida, la chica más linda del mundo se iría al fondo del lago Ontario, con unas balas en el pecho y unas cuantas piedras atadas a los pies…

Marlowe y Wilson se habían vuelto, y les estaban mirando directamente. Entraron en la cabaña, muy serios, un tanto envarados, crispados.

—Nos vamos de aquí —dijo Marlowe, con voz ronca.

—Marlowe, piénselo —se tensó la voz de Mike—. Si ustedes hacen lo que están pensando…

—¡Cállese! —gritó Wilson—. ¡Cierre la boca de una vez, o se la voy a hacer pedazos!

Mike se calló, no sólo por obedecer, sino porque comprendió que, ante la perspectiva de lo que habían decidido, los dos hombres estaban tan nerviosos que cualquier pequeña provocación sólo serviría para acabar de asustarles. Perderían los nervios, perderían el poco control de sí mismos que les quedaba… y eso sólo podía ocasionar que comenzasen a apretar el gatillo alocadamente.

De modo que, sin replicar, el hombre del FBI se puso en pie. Sheila hizo lo mismo, mirando a Marlowe.

—¿Verdad que ustedes han dicho que no había absolutamente nadie en la casa del señor Whitaker la otra noche? —preguntó.

—Por el amor de Dios —jadeó Mike—: Tenga la boca cerrada, señorita Carroll.

—Pero sólo he preguntado…

—¡Que se calle! —vociferó Wilson—. ¿Es que no ha oído al federal, estúpida?

—Será mejor que te calmes —dijo Marlowe, pálido—. Y ustedes, salgan de la cabaña ahora mismo. ¡Vamos, salgan!

Mike empujó a Sheila hacia el exterior. Hacía un día soleado, luminoso. Muy cerca de allí se veían las aguas del lago, de un color gris-azul.

—Hay un pequeño embarcadero casi delante mismo de nosotros —dijo Marlowe—. Caminen hacia allí.

—Están cometiendo un error, Marlowe —susurró Mike.

—Lo que ha recomendado usted antes a la chica, se lo

recomiendo yo a usted ahora: Cierre la boca.

Mike bajó del porche, llevando de un brazo a Sheila. Se dirigieron hacia el cercano embarcadero, y, como Mike temía, allá había una vieja barca de remos, seguramente propiedad de su compañero del FBI. Así son las cosas. Sí, seguro… Era la barca de Boyle… Pero hacía tiempo que no salía con ella, y estaba muy deslucida, con agua en el fondo, agrietada…

—Usted, suba —empujó Wilson a Sheila—. Y usted, dedíquese a buscar algunas piedras de buen tamaño, federal. Y oiga esto: Si vuelve a abrir el pico, se lo hago fosfatina a balazos… Creo que hablo claro, ¿verdad?

* * *

Sheila saltó a la barca desde el embarcadero, con una agilidad que en otras circunstancias habría encantado a Mike Marsh. En las actuales, sólo se le ocurrió pensar que dentro de muy poco, toda aquella gracia no le iba a servir de nada al cadáver de Sheila Carroll, mientras se iría hundiendo lentamente hacia el fondo del lago Ontario… Ni siquiera tendrían la seguridad de que, finalmente…

—¡Vamos, muévase! —aulló Wilson.

—Si no te calmas, todo va a ser más difícil —graznó Marlowe, más frío, pero no menos preocupado—. Y usted, no complique más las cosas, Marsh.

En un par de minutos, el agente del FBI llevó media docena de grandes pedruscos a la lancha, mirando angustiado los rollos de viejas cuerdas y trozos de sedal de nylon que había en el fondo, hacia proa. Seguramente alguno de aquellos trozos de nylon los había dejado él la última vez que estuvo allí con Boyle, pescando en el lago. En el lago que iba a ser su última morada, donde jamás serían recuperados sus cadáveres…

—Tome los remos y trabaje —dijo Wilson—. ¡Y no me diga que no sabe remar!

Mike no contestó. Pasó a la barca, y empuñó los remos. Sheila se había sentado hacia proa, de modo que quedó a su espalda. Marlowe y Wilson quedaron sentados delante de él, sentados en el asiento de popa, mirándole fijamente, y, por supuesto, apuntándole con sus pistolas.

Afirmó los pies, y comenzó a remar. A cada tirón, notaba cómo se tensaban sus músculos abdominales. Claro que sabía remar… Y muy bien. Pero no era agradable remar hacia su propia muerte. Poco a poco, la fangosa orilla del lago fue quedándose atrás. Había un silencio tan denso, que se oía con toda claridad el chasquido de los remos al hundirse en el agua, a pesar de la hábil suavidad con que el agente federal los manejaba. Y a cada tirón, los remos emergían, hacia popa, después de haberse hundido, apoyándose en el agua para desplazar la barca… A cada tirón, la punta de los remos aparecía hacia popa, él los atraía, volvía a hundirlos hacia proa, y otro tirón…

La idea, forzosamente, tuvo que brotar en la mente del hombre del FBI.

Sólo había que esperar el momento oportuno.

Y el momento llegó.

Bien calculado, bien pensado, bien medido… Había tenido tiempo para ello.

Remó una vez más, pero, en lugar de regresar los remos hacia proa tras el tirón, atrajo los mangos hacia su vientre, bruscamente, con toda su fuerza, sacándolos del agua, en diagonal hacia arriba… y, lógicamente, siempre hacia popa, de modo que los dos remos fueran hacia Marlowe y Wilson, que, en realidad, no tuvieron tiempo de nada.

El remo derecho dio de lleno en el rostro de Marlowe, y lo empujó hacia atrás, con la cara llena de sangre. El remo izquierdo, dio en la sien derecha de Wilson, con tal fuerza que lo arrancó de la barca y lo tiró al agua, bajo cuya superficie desapareció sin un solo gemido.

Para entonces, sin haber concedido la menor tregua a Marlowe, Mike había soltado ya ambos remos, y había saltado contra él. La pistola había escapado de la mano de Marlowe quedando en la húmeda cubierta, y cuando aquel quiso recuperarla, Mike Marsh sólo vio ante él aquel rostro cubierto de sangre, crispado… El rostro del hombre que había querido matarles a él y a Sheila… Las enormes manos del hombre del FBI se cerraron en la garganta de Marlowe, lo alzó y lo bajó fuertemente, golpeándolo contra la borda con la parte posterior de la cabeza.

Sheila estaba gritando, pero, de momento, Mike notó una mano

de éste, clavándose en su mejilla, el rostro sangrante y crispado de Marlowe… Y no la oía. No oía ni veía nada. Es decir, sí, veía como una garra, en busca del ojo. El párpado inferior del ojo de Mike Marsh comenzó a estirarse dolorosamente, dejando al descubierto el globo ocular. Era espantoso, terrible, dolorosísimo… Y Mike Marsh comenzó a alzar a Marlowe, todavía sujeto por la garganta, y de nuevo le golpeó de cabeza contra la borda… Se oyó un chasquido, y Marlowe quedó inmóvil, relajado.

Durante unos segundos, el federal permaneció encima del hombre que acababa de matar, jadeando, todavía sus manos sujetando aquel cuello sin vida.

Y de pronto, se dio cuenta de que estaba oyendo el alarido que parecía interminable de Sheila. Se volvió y vio a la muchacha de pie en el asiento de proa, con el rostro palidísimo, desencajada, gritando, gritando… Se desplazó hacia allí, haciendo oscilar la barca con fuerza, dispuesto a golpearla, a terminar con aquella histeria, pero, antes de que llegase junto a Sheila, ésta salió disparada fuera de la barca, y, como poco antes Wilson, desapareció bajo las aguas.

Sin vacilar un instante, Mike Marsh se lanzó tras ella, hundiéndose casi en el mismo sitio. Se hundió con tal fuerza de penetración, que, más que encontrar a Sheila Carroll, chocó con ella bajo el agua. Pasó su brazo izquierdo bajo el sobaco del mismo lado de ella, colocado detrás, y su mano asió la barbilla de la muchacha, en una clásica presa de salvamento. Fue cuestión de pocos segundos llegar a la superficie, y, dada la docilidad de ella, aún fue más fácil alcanzar la barca.

—Sheila… Sheila, cálmese —jadeó Mike—. Sujétese a la borda… La empujaré…

Ella obedeció tan mansamente, que casi alarmó al federal. Se agarró a la borda, él la empujó, e inmediatamente se reunió con Sheila en la cubierta de la barca. Marlowe seguía allí, en la popa, con el cuello trágicamente torcido, y la cara manchada de rojo, de un modo espeluznante… Ni rastro de Wilson. No cabía la menor duda de que había emprendido el viaje… que él había proyectado para Mike y Sheila.

Sheila rompió a llorar, ocultando el rostro entre las manos, y Mike suspiró, aliviado. Aquello era lo mejor que podía ocurrir.

La dejó sola, llorando, y colocó bien en el fondo de la cubierta a Marlowe, desistiendo de buscar a Wilson.

Tuvo que saltar de nuevo al agua para recuperar uno de los remos, que había caído, y, poco después, remaba… hacia la orilla del lago.

Al llegar allí, Sheila continuaba llorando. A Mike le parecieron sus bellos ojos como dos diminutos manantiales inagotables. Pero se cuidó mucho de decirle que no llorase más. Por fuerza, Sheila había pasado un miedo atroz, comprendiendo tan bien como él mismo lo que estaban tramando Marlowe y Wilson, pero, haciendo todo lo posible por ignorarlo, por alejarlo de su mente… Y ahora, por fin, aquel miedo, aquel terror, tenía que explotar por algún lado.

Manteniéndola abrazada, Mike la llevó hacia la cabaña.

Por fortuna, había teléfono, así que sólo tenía que llamar a Syracuse, y, en menos de una hora, tendrían toda la ayuda que pudiesen necesitar en cualquier sentido.

Capítulo VII

Mike Marsh terminó de vestirse, se secó mejor los cabellos, y entró en el pequeño cuarto de aseo, donde se peinó, lentamente, pensativo.

Luego se sentó en el pequeño, pero confortable sofá del *living*, y encendió un cigarrillo, mirando hacia la puerta del único dormitorio de la cabaña. Permaneció allí durante unos minutos, y finalmente fue a llamar con los nudillos a la puerta del dormitorio.

—Señorita Carroll —murmuró—: yo ya he terminado.

A los pocos segundos, la puerta se abrió, y apareció Sheila, vestida con las ropas que, como a Mike Marsh, les habían traído los compañeros de éste desde Syracuse. Ella se quedó mirándole fijamente, muy abiertos los ojos. Sus largos cabellos rubios estaban todavía pegados a la cabeza, húmedos. Mike estaba intentando una sonrisa, pero ella parecía tan desvalida, que lo único que pudo hacer fue tragar saliva, acongojado.

—Lo siento —murmuró—. De veras siento lo ocurrido, señorita Carroll. Precisamente el motivo de traerla aquí, fue evitar una cosa como la que ha sucedido.

—Lo sé —murmuró ella.

—¿Lo sabe?

—He tenido que comprenderlo. No se trataba sólo de alejarme de los periodistas, sino de evitar que los amigos de Charles Bishop, pensando que yo podía haber estado por allí cuando pasó todo, me buscaran para pedirme el dinero…, que es lo que ha sucedido, a fin de cuentas.

—Bien… Bueno…

—Le estoy muy agradecida al FBI, señor Marsh.

—Humm… Vaya… —consiguió sonreír por fin Mike—.

Realmente, señorita Carroll, está usted encantadora así, pero quizá sería mejor que se secara los cabellos.

Señaló hacia el cuarto de aseo, y ella entró allí. Comenzó a peinarse, observada desde la puerta por Mike. Sí… Todo había terminado bien, por fortuna. Era de suponer que no quedasen más hombres del grupo de Charles Bishop dispuestos a pedir cuentas a Sheila Carroll. De un modo u otro, aquel grupo de canallas dedicado al contrabando de drogas, había sido eliminado. No quedaba ni uno solo de ellos. Habían sido cinco y los cinco habían muerto…

—¿Se encuentra bien?

—Sí… Sí, gracias, señor Marsh.

—Estoy seguro de que ya no debemos temer nada respecto a usted en ese sentido… Quiero decir que su permanencia en esta cabaña no es ya necesaria.

—Entonces, volveré al hotel.

—Sí… Será lo mejor. Aunque, en mi opinión y puesto que usted está de vacaciones ahora, sería conveniente que fuese a pasar unos días con su familia, tranquilamente, y…

—Señor Marsh, si tanto sabe de mí, debería saber que no tengo familia. No tengo a nadie. Ni siquiera tengo casa. Precisamente por eso quise comprar la quinta del señor Whitaker, para tener una casa cerca de Syracuse, cerca de donde nací.

—Sí… Ya, bueno, claro… ¿Quiere un cigarrillo?

—Se lo agradecería.

Terminó de peinarse, y aceptó el cigarrillo. Luego, fueron a sentarse ambos al pequeño sofá, y Mike se rascó la barbilla, inquieto. La miró de reojo, y le pareció tranquila, sosegada. Ninguno de los dos sabía qué decir.

Y antes de que la situación resultase todavía más molesta, el agente especial del FBI, Kerwin, regresó a la cabaña. Les miró a los dos, sonrió y dijo:

—Me parece que ya ha pasado el susto… ¿No es así, señorita Carroll?

—Sí. Gracias, señor Kerwin.

—Me alegro. A Mike no le pregunto, porque supongo que no se asustó tanto como usted, ya que…

—Pues supones mal —gruñó Mike—. Me gustaría saber qué tal te sentaría saber que te llevan hacia el interior del lago para

meterte unas balas en la barriga y tirarte al fondo con unas cuantas piedras atadas a los pies.

—Me imagino que no debió gustarte… Al menos, así lo demuestra el estado en que dejaste a Marlowe. Bien… Supongo que enviarán a alguien a dragar el lago en busca del otro, pero, sinceramente, por mí puede quedarse para siempre ahí abajo… Hemos encontrado el coche.

—¿Qué coche?

—El que utilizaron Marlowe y Wilson para seguimos… ¿Cómo no te diste cuenta?

—No lo sé —volvió a gruñir Mike.

—Bueno. Ya no importa. El coche está entre unos pinos, por detrás de la cabaña. No quiero pasarme de listo, pero juraría que las marcas de sus neumáticos corresponden a los moldes que tomamos en la explanada de la casa de Whitaker. Además, es un «Ford».

—Y, además, ya te expliqué antes que ellos mismos dijeron haberse llevado el coche. Tiene que ser así, naturalmente.

—Está bien, Boyle y Barry van a quedarse aquí, para atender este asunto. La conclusión, desde luego, es clarísima: había una banda de criminales y ha sido exterminada. Eso es lo que yo llamo un buen negocio para el FBI, en particular y para los ciudadanos honrados en general…

—Ya he pensado eso yo también. Y he pensado que los cinco sujetos de este grupo habían muerto, pero… Sabemos que Whitaker está vivo, así que el asunto continúa vigente.

—Encontraremos a Whitaker. Por el momento, Mike, hay otro aspecto del asunto que está acaparando mi interés.

—Lo del helicóptero.

Kerwin encendió un cigarrillo, y fue a sentarse en uno de los silloncitos.

—Sí —admitió—. En efecto, lo del helicóptero. La existencia de ese aparato indica que al otro lado de la frontera hay otro grupo de gente dedicada al tráfico de drogas. Salvo que Wilson y Marlowe te mintieran, cosa que dudo, el asunto no puede estar más claro: han sido eliminados los cinco recipiendarios de esas drogas que llegan de Canadá, pero… no me parece suficiente.

—Supongo que lo que te gustaría es cortar la fuente de suministros.

—Por supuesto. Tengamos en cuenta que esa gente de Canadá no va a llorar lágrimas de sangre porque el negocio se les haya estropeado con Bishop y con su intermediario Whitaker… Todo lo que harán, será buscar otros cuantos sujetos dispuestos a distribuir la mercancía en nuestro país.

—Eso puedes tenerlo por seguro. Pero no veo el modo de llegar hasta esa gente, Kerwin. No tenemos la menor noticia sobre ellos. Cierto que vienen en helicóptero, pero… ¿cuántos helicópteros cruzarán diariamente el lago?

—Muchos… Y es poco probable que en estas circunstancias esa gente se atreva a volver.

—¿Volver?

Kerwin asintió, pensativo.

—He estado meditando sobre lo que ya comentamos, Mike. A mí, desde luego, me parece absurdo que Dixon Whitaker se haya largado con tres millones de dólares en drogas.

—Ya convinimos eso.

—Entonces, él debe tener esos tres millones de dólares que buscaban Marlowe y Wilson, ¿no?

—También convinimos eso. Y hace sólo unos minutos.

—La pregunta es: ¿Deben saber estos tipos de Canadá lo que ha estado pasando aquí?

—Es probable que no. Aunque la prensa…

—Vamos a suponer que no se han enterado. Entonces, deberán volver.

—Y dale con esa palabra: volver. ¿Por qué han de volver?

—Mira, si Bishop fue la otra noche a la quinta de Dixon Whitaker, tuvo que hacerlo para recoger las drogas, ¿no es así?

—Sí… Claro. Si no hubiese pensado que ya podía disponer de ellas no habría ido a la casa de Whitaker.

—Pero hemos quedado en que éste no iba a ser tan tonto de haber adquirido tres millones de dólares en drogas. Es decir, que tenía el dinero. Por tanto, posiblemente, la noche anterior, cuando los de Canadá se presentaron en el helicóptero con las drogas, debió darles alguna explicación, debió contarles alguna mentira… Puesto que tenía ya pedido el pasaje para París, y sabía que a la mañana siguiente se iba a marchar…, ¿qué explicación te parece la más inteligente y segura por parte de Whitaker a los tipos del

helicóptero?

—Pues… Quizá les dijo que todavía no había recibido el dinero de manos de Bishop, así que no podía pagarles las drogas.

—Ésa habría sido la explicación más tranquilizadora para esa gente. Pero, claro, dudo mucho que les dijera en seco que ya no querían más drogas de ellos. Les debió decir que no tenía el dinero TODAVÍA. Y una de dos: o le dejaron las drogas sin cobrarlas, o se fueron con ellas, esperando que Whitaker tuviese el dinero… En los dos casos, ellos deberían volver en busca de ese dinero, ¿no te parece?

Mike Marsh se encogió de hombros.

—Como teoría no está mal, desde luego, pero…

Barry y Boyle aparecieron en la cabaña en aquel momento.

—Me apuesto el pescuezo a que es el mismo coche, Kerwin —dijo el primero—. Ah, estos dos jovencitos ya presentan otro aspecto. ¿Cómo va eso, señorita Carroll?

—Bien —murmuró ella—. Bien, gracias.

—Nos alegramos mucho —intervino Boyle, y luego, miró a Kerwin—. Bueno, por nosotros ya podéis marcharos, Kerwin. Nos haremos cargo de todo esto.

—Muy bien. —Kerwin se puso en pie, y de pronto volvió a mirar a Mike—. ¿Pero…?

—Pero si esos tipos vuelven —acabó Mike—, tiene que ser pronto, no el siglo próximo.

—Exactamente eso es lo que yo estaba pensando… Así que luego vamos a hablar tú y yo. Respecto a su regreso al hotel, señorita Carroll…, ¿le parece que está en condiciones de atender a los periodistas? Tenga la seguridad de que ellos estarán esperando su aparición allí.

—No había pensado en eso…

—Yo, sí. Desde luego, nosotros cuatro vamos a estar muy ocupados, de modo que no podremos atenderla debidamente. Boyle y Barry se reunirán luego con Mike y conmigo, así que… Bien, usted debería elegir entre hacer frente a la prensa o quedarse en un lugar mucho más tranquilo. Por ejemplo, el apartamento de Mike. No creo que él ponga inconvenientes.

—Ninguno —murmuró Mike—. Pero…, estoy pensando algo, Kerwin: ¿y si la banda de Bishop era de más de cinco hombres? En

ese caso, lo más juicioso sería que la señorita Carroll no estuviese lejos de nosotros.

—Sí —admitió Kerwin.

Los cuatro agentes federales se quedaron mirando a la muchacha, que se puso en pie, suspirando.

—No pienso atender a la prensa ahora. De modo que haré lo que ustedes crean mejor.

—Muy bien —aprobó Kerwin—. Usted, Mike y yo nos vamos ahora. Vosotros dos, reuniros con nosotros en la casa de Whitaker cuando todo haya terminado aquí.

CAPÍTULO VIII

—¿Alguien quiere más café? —ofreció la señora Cavendish.

Hubo algunos segundos de silencio, y Kerwin acertó la decisión de todos:

—No, gracias, señora Cavendish. Es ya un poco tarde, y lo mejor sería que usted y la señorita Carroll se retirasen a descansar.

—La ayudaré en la cocina, señora Cavendish —se puso en pie Sheila.

—Oh, no es necesario… Estoy acostumbrada —sonrió la mujer.

—Me gustaría ayudarla.

—Como prefiera. Luego, puede dormir en un cuarto al lado del mío…

—¿Dónde duerme usted, señora Cavendish? —preguntó Mike.

—En la planta baja, cerca de la cocina, en la parte destinada a la servidumbre.

—¿Siempre duerme allí?

—Claro —se desconcertó Ruth Cavendish—. ¿Dónde si no?

—Ha sido una pregunta tonta. Por favor, olvídela.

Todos se quedaron mirando extrañados a Mike Marsh, que se limitó a encender un cigarrillo. Tras un instante de estupefacción, la señora Cavendish salió del salón, y Sheila se fue con ella, hacia la cocina.

Kerwin, murmuró:

—Tú no acostumbras hacer preguntas tontas, Mike.

—Alguna vez ha de ser la primera. ¿Cómo vamos a repartirnos?

—He pensado que lo mejor sería distribuirnos por el jardín —aceptó Kerwin el cambio de conversación—. Si ese helicóptero llegase, estaríamos rodeando la explanada, donde forzosamente tendría que aterrizar.

—Me parece bien —admitió Mike—. Pero, si no te importa, yo me quedaré en la casa.

—¿Por qué?

—Bueno… Quizá, como ya hablamos, quede alguien más de la banda de Bishop, y a lo peor, deciden volver por aquí para molestar de nuevo a la señorita Carroll.

—¡Pero si nadie sabe que estamos aquí! —protestó Barry.

—Podrían enterarse.

—Hombre, no digas tonterías —frunció el ceño Boyle—. Además, si esos imaginarios sujetos llegaban a saber que en esta casa hay cuatro agentes del FBI armados, se guardarían muy bien de venir… ¿No os parece?

—Claro —dijo Barry—. No creo que…

—Nosotros tres saldremos al jardín, y Mike se quedará en la casa —dijo el agente especial jefe de la agencia en la que trabajaban los cuatro—. Y no hay más que hablar.

—Okay… —Y encogió los hombros Barry.

—Vamos a esperar un poco, apagaremos las luces y saldremos. Me parece innecesario decirte que no enciendas ninguna luz aquí dentro a partir de ese momento, Mike.

—No encenderé ninguna luz.

Poco después, la señora Cavendish y Sheila Carroll regresaban al salón, se despidieron de los agentes, y cada una fue a su dormitorio. Kerwin esperó todavía un par de minutos. Luego hizo una seña a Boyle y Barry, apagó la luz y salieron al jardín, dejando solo, a oscuras, a Mike Marsh, que permaneció inmóvil, como si fuese una estatua, durante más de una hora.

Luego se puso en pie.

El silencio era total en la casa, y en el jardín. Posiblemente, aquella espera no iba a servir de nada, pues ningún helicóptero aparecería, pero, al menos, habría servido de algo. Al ver en el salón a tanta gente reunida, Mike Marsh había tenido un pensamiento: ¿cómo era posible que en una casa donde había gente entrasen dos hombres… y no viesen a nadie? Absolutamente a nadie…

Salió del salón, y cruzó el amplio vestíbulo, sin hacer ruido alguno. En el vestíbulo había una claridad mortecina, un resplandor apagado, lejano, de estrellas y luna. Escasísima luz, pero suficiente

para distinguir una puerta.

Mike Marsh asió el pomo, y lo hizo girar, con gran cuidado, siempre en silencio. El pomo cedió. Atrajo la puerta, cruzó el umbral bajando un par de escalones, se volvió y cerró de nuevo. La oscuridad era allí total… Y en seguida se notaba calor. Tanteó en la pared, hasta encontrar el interruptor de la luz, y la encendió.

Desde allí arriba, se quedó contemplando el estrecho pasillo de ladrillo y, al fondo, el tramo de escalones que ascendían hacia la trampilla que comunicaba el invernadero con el subterráneo. No tenía necesidad de moverse para distinguir en el suelo del subterráneo los círculos trazados con yeso blanco por sus compañeros de investigación técnica. Cada círculo, indicaba el lugar donde habían hallado, con grandes dificultades, manchitas de sangre que, evidentemente, alguien había pretendido limpiar. O, al menos, lo parecía.

Bajó, se acercó al centro del pasillo y se quedó mirando los últimos círculos. A partir de allí, en dirección a la casa, no se había encontrado ni una sola gota más de sangre. Pero, desde el invernadero hasta allí, el suelo mostraba muchos círculos marcados con tiza.

—Será mejor que suba y yo mismo me haga una representación a lo vivo de todo el proceso que suponemos…

Acabó de recorrer el pasillo, subid al invernadero, y dejó la trampilla cerrada, para evitar que se viese desde el exterior el resplandor de la luz del pasillo.

—Vamos a ver —siguió murmurando el agente—. Llegan tres tipos en un coche, pero, yo sólo veo a dos… Yo soy Dixon Whitaker, claro… Esos dos sujetos, o sea, Collins y Thorwall, me piden el último envío de drogas, valorado en tres millones de dólares… Yo les digo que no ha llegado… No sé, cualquier cosa que no les gusta. Quizá me amenazan, intentan ir a buscar a Bishop, que permanece en el coche… Yo llevo una pistola, pues ya sé que van a venir a buscar las drogas, y que quizá haya jaleo… Saco mi pistola, que lleva silenciador, y plop, plop, los mato a los dos… Ahora, ya sé que Charles Bishop, para el cual trabajo como intermediario receptor de los envíos, está en el coche, naturalmente, mirando hacia el invernadero, en el cual nos ha visto entrar a Thorwall, Collins y a mí. Él está esperando… Si salgo por el invernadero ya solo, va a

comprender que he matado a Thorwall y Collins, y él tendrá ventaja sobre mí, pues estará dentro del coche, protegido, mientras que yo estaría a cuerpo descubierto… Así que lo mejor será salir de aquí por el subterráneo… Puedo llegar a la casa, salir por una ventana del otro lado, y marcharme con el dinero dejando a Bishop esperando como un tonto afuera, en su coche… Voy a la trampilla, la levanto…, y entonces, Bishop, que está inquietándose, aparece en el invernadero, por la puerta, esto es, a mi espalda. Plop, me dispara. Pero yo estoy agachado, alzando la trampilla, y él no puede verme a mí tan bien como yo le veo a él. Así que sólo me hiere. Yo me revuelvo… Plop, plop, le disparó dos veces. Cae hacia dentro del invernadero. Yo estoy herido ligeramente, y pienso en proseguir mi huida. Pero… ¿para qué tantas prisas ahora? Los tres están muertos: dispongo de mucho tiempo. Mi herida no es importante, conservo mis fuerzas. Arranco unas matas de flores, meto a los tres en las jardineras de ladrillo, vuelvo a poner las flores en su sitio, aparto la tierra hacia debajo de las jardineras, con los otros montones… Lo dejo todo en su sitio, alzo la trampilla y bajo al subterráneo…

Alzó la trampilla, bajó, la cerró de inmediato, y de nuevo se quedó mirando todo el pasillo, ahora desde el invernadero hacia la casa.

—Estoy herido, y decido, antes de nada, ir al cuarto de baño, para hacerme una cura sencilla, contener la salida de la sangre… Eso es lo que pretendo. Una vez me haya curado, cogeré todo el dinero, y me iré. Todavía no he recibido el pasaje de mi vuelo a París, pero eso no importa. Por el contrario, cuando alguien lo encuentre, pensarán que mi objetivo es París, y, si alguien decide buscarme, lo harán allí. Pero yo puedo irme, de momento, a…, a Texas, por ejemplo. Puedo pasar desde allí a México. Y luego, adonde me plazca. Les he engañado a todos, tengo tres millones de dólares, puedo vivir donde quiera y como quiera. Soy millonario en dólares. Eso es. Entonces nada puede detenerme. Tengo que llegar a la casa. A mi cuarto de baño, a mi dormitorio, para curarme y cambiarme de ropas.

Bajó el tramo de escaleras, y su mirada se fijó en el suelo, en los circulitos de yeso blanco.

—Como mi herida es insignificante, ni siquiera se me ocurre pensar que voy dejando un rastro de sangre. Me he puesto un

pañuelo en la herida, eso es… Y, sin darme cuenta de que voy dejando un rastro de sangre, sigo pasillo adelante, sigo pasillo adelante, sigo… Y llego aquí.

Se detuvo donde terminaban los circulitos de tiza. Allí se corta la pista, de pronto. No más gotas de sangre, no más circulitos.

—¿Qué me ocurre aquí? ¿Me doy cuenta de que estoy dejando gotas de sangre, y me las arreglo para que no caiga ninguna más? Supongamos que así es… Evito que caigan más gotas de sangre, limpio… o creo limpiar bien el suelo, y entonces, sigo hacia la casa, hago lo que he pensado…, y me voy. No necesito para nada el portafolios, pues no hay nada importante en él. En cuanto al gabán, tengo otro. Pero…, ¿realmente me iría yo de aquí a pie, teniendo afuera dos coches a mi disposición? Posiblemente, decidiría no utilizar el mío, pero…, ¿por qué no el de Charles Bishop? Con ese coche, puedo ponerme muy lejos para cuando amanezca. Muy lejos. Y allí, en ese punto, sea el que sea, borrar todo mi rastro… Por otra parte, en modo alguno me conviene dejar el coche de Charles Bishop en mi casa. Eso sería una idiotez, puedo provocar una investigación… Ese coche, ya lo utilizaría, lo llevaría bien lejos de aquí… ¡Claro que lo haría! Para marcharme de esta casa, el coche de Bishop es ideal. Y hay otra cosa… Otra cosa muy importante: la señorita Carroll ha visto a Thorwall y a Collins, ha visto el coche en que ellos han llegado con Bishop. Si algo trascendiera, ella lo diría… Es más, cuando ella llegue al día siguiente a la casa a buscar el documento de propiedad, yo no estaré… Ella quizá avise a la policía, temiendo una estafa, o algo parecido… Sí, avisará a la policía, y dirá que dos hombres vinieron a buscarme en un coche. Tarde o temprano, el coche será encontrado, y pensarán que yo he sido asesinado, y se pasarán la vida buscando a mis asesinos… Me darán por muerto y buscarán a mis asesinos, sin encontrarlos jamás. Y tampoco me encontrarán a mí, por la razón de que pensarán que me han asesinado y me han tirado al lago, o me han enterrado en cualquier sitio. Eso es todo. Magnífico.

Mike Marsh frunció el ceño.

—Sí, magnífico. Pero, entonces…, ¿por qué no se había llevado Dixon Whitaker el coche de Bishop?

Y, sobre todo, ¿cómo era posible que cuando Marlowe y Wilson fueron a la quinta, y la recorrieron toda, no viesen absolutamente a

nadie en la casa?

¿Dónde estaba en aquellos momentos la señora Cavendish, para que ellos no pudiesen verla, en su dormitorio?

Sólo en un sitio podía estar bien escondida.

—Ella estaba aquí. Aquí abajo, en el subterráneo —musitó Mike —. No podía estar en otro sitio. Y puesto que Marlowe y Wilson vinieron bastante tarde a buscar el coche, es decir, a sus amigos, Whitaker había tenido tiempo de sobra de marcharse. Pero no se fue. Y la señora Cavendish estaba aquí abajo… Por eso no la vieron. Ella sí debió oírlos, al menos, y permaneció aquí abajo. Pero… ¿y Dixon Whitaker? ¿Dónde estaba?

Puesto que era un hombre inteligente, y por tanto, tenía que haberse marchado con el coche y no lo había hecho…, ¿dónde podía estar Whitaker sino también allí abajo, en el sótano?

Entonces, ¿se había marchado luego después que Wilson y Marlowe se llevaron el coche?

¿Realmente se había marchado, sin coche, estando herido?

Lo indudable era que la señora Cavendish había estado escondida allí abajo. Y no era menos indudable el hecho de que también había mentido respecto a despedirse de Whitaker por su cuenta, sin molestarlo a éste, que «estaba en su despacho, con la luz encendida y la puerta cerrada». ¿Cómo podía ser eso cierto, sin Whitaker había permanecido allí abajo en todo momento, y Sheila aseguraba que la puerta del despacho había quedado abierta?

En cuyo caso, estaba bien claro que la señora Cavendish, que había mentido, quería que todos creyesen que Whitaker se había marchado… Eso era lo que ella quería que todos creyesen.

—¿Por qué? Y también quería que creyesen que no lo habría visto después de cenar. ¿Por qué? Era seguro que ella había estado allí abajo, había tenido que ver otra vez a Whitaker, herido.

Un herido que deja de verter sangre justo en el centro del subterráneo. Un herido que es depositario de envío de drogas, algunos de ellos, tan importantes como tres millones de dólares. Esa cantidad de drogas no puede llevarse en un bolsillo, ni esconderse dentro de una tubería… No. Dixon Whitaker debía tener un formidable escondrijo para aquellos importantes envíos.

¿Y qué escondrijo mejor que un subterráneo?

—Por todos los demonios… —jadeó Mike.

Se puso de frente a una de las paredes, y comenzó a pasar las manos por su áspera superficie. Luego, se volvió, haciendo lo mismo con la otra…, y ya casi comenzaban a sangrarle las yemas de los dedos cuando oyó el suave chasquido, apagado, como lejano.

Y en el acto, un trozo de pared se desplazó como una puerta, hundiéndose.

Absolutamente estupefacto por aquel éxito de su inteligencia deductiva, Mike Marsh permaneció inmóvil unos segundos. Luego continuó empujando aquella puerta hecha o, al menos forrada, de ladrillos. La abrió por completo y miró hacia el fondo. Sólo había oscuridad.

Cruzó el umbral, tanteando en la pared de su izquierda, hasta que encontró, muy pronto, el interruptor. Dio la luz, empujó la puerta cerrándola casi completamente…, y al apartarla, lo vio.

* * *

Aquél tenía que ser Dixon Whitaker.

Estaba tendido en el suelo del pequeño cuarto alargado paralelamente a la pared. Cara al techo, con los ojos fuera de las órbitas y el rostro descompuesto en el más abyecto gesto de terror y angustia que Mike Marsh había contemplado en su vida. Desencajada la boca, saltones los ojos, la lengua fuera… Sus manos estaban apuntando hacia el techo, crispadas como garras de águila, descamados los dedos llenos de sangre completamente seca, formando costras que no impedían ver los huesos…

Pálido como si el muerto fuera él, Mike se inclinó junto al cadáver, y lo estuvo contemplando unos segundos. Vio la herida de Dixon Whitaker, en el brazo izquierdo, cerca de la muñeca. Por allí habían ido saliendo las gotas de sangre. Y si se cortaba su rastro era porque había abierto aquella puerta, había entrado allí. Luego la puerta se había cerrado, y Dixon Whitaker, al no poder salir de allí, pues el mecanismo sólo funcionaba desde el pasillo, había muerto, asfixiado, de un modo horrible, mientras sus manos intentaban conseguir un agujero en la pared.

Apartó su aterrada mirada del cadáver, y miró a todos lados. Había dos maletas allí dentro. Y junto a ellas, en el suelo, tres pistolas, todas con silenciador…

Mike palpó el cuerpo rígido y frío de Whitaker, pero no encontró

la pistola de éste.

Desentendiéndose de esto por el momento, abrió una de las maletas, y se quedó mirando, hoscamente, la enorme cantidad de heroína contenida en bolsitas. Abrió una de éstas, probó el blanco polvo, y soltó un gruñido: de la más pura, de la más cara… Abrió la otra maleta, y se pasó la lengua por los labios al ver la formidable cantidad de fajos de billetes de cincuenta y cien dólares… No necesitaba contarlos para saber que tenía ante sus ojos tres millones de dólares.

Alzó un fajo, e hizo pasar los billetes entre sus dedos. Muy bien. Tenía los tres millones de dólares, y la mercancía. La mercancía… Eso quería decir que los del helicóptero habían confiado en Whitaker, en las buenas relaciones que hasta entonces habían reinado entre ellos. Lo cual significaba que, puesto que habían dejado allí la mercancía, volverían a por el dinero…, o a por la mercancía misma. No se iban a resignar a perder tres millones, ya fuese en drogas o en billetes.

Dejó caer el fajo, cerró la maleta y se puso en pie, volviéndose para salir de allí…, y palideció y respingó al ver la pistola que le apuntaba a la cabeza.

CAPÍTULO IX

Alzó los ojos, y su mirada sobresaltada se clavó en los de Ruth Cavendish, que empuñaba con mano temblorosa la pistola con silenciador. Ya no parecía tan serena, y su rostro estaba lívido, crispado.

—Señora Cavendish… —murmuró Mike, estremeciéndose.

—No…, no se mueva… ¡No se mueva, señor Marsh! —Casi gritó ella.

El agente comprendió cuál debía ser su actitud, y alzó las manos, con calma, sin movimientos bruscos. Casi consiguió una especie de sonrisa.

—Lo que usted diga, señora Cavendish.

—Póngase allí…, en aquel rincón. Lejos de esa maleta con dinero… ¡Póngase allí!

—Sí, señora.

Mike se desplazó, siempre evitando cualquier movimiento que por su naturaleza o brusquedad, pudiese asustar a Ruth Cavendish más de lo que ya lo estaba. Retrocediendo de espaldas, sin embargo, mantenía su mirada fija en los ojos de ella, pensando en lo difícil que resulta disparar contra una persona que nos está mirando directamente a los ojos.

—No se mueva de ahí —jadeó ella—. Si se mueve, le… le juro que dispararé.

—¿Es la pistola del señor Whitaker?

—Sí… ¡Sí!

—Está bien. Le aseguro que no pienso moverme, señora Cavendish.

—Voy a llevarme el dinero… Nadie podrá impedírmelo, nadie… ¡Nadie!

—No llegará muy lejos con él, señora.

—Llegaré… lo suficientemente lejos.

—Nunca tan lejos que el FBI no la alcance. Sea sensata, señora Cavendish. Por muy lejos que consiga llegar…

—Sólo tengo que recorrer veinticinco millas… Nadie me alcanzará antes, señor Marsh.

—¿Veinticinco millas? ¿Quiere decir que piensa cruzar la frontera de Canadá, por el lago?

—Usted no entiende… ¡No entiende nada!

—Explíquemelo usted, señora.

—Es dinero malo…, que servirá para cosas buenas. Yo sabía lo que hacía el señor Whitaker, conocía este cuarto… Algunas veces, cuando él no estaba en la casa, entraba aquí, y veía las drogas… Sabía lo que hacía él, y sus amigos del helicóptero. Sabía que esta vez le habían traído mucho dinero los otros, para pagar las drogas…

—¿Se refiere a Bishop y sus hombres?

—Sí, sí… De cuando en cuando, al señor Whitaker le traían dinero, y él lo dejaba aquí. Luego, por la noche, cuando venían los del helicóptero, bajaba, recogía el dinero y les pagaba… Yo…, yo había pensado robarle un día el dinero, pero no me atrevía…

—Pero finalmente se atrevió. Se atrevió incluso a matarlo, señora Cavendish.

—¡Yo no lo maté! Ya estaba malherido… Desde la casa, vi llegar a los del coche, y los vi a los tres ir al invernadero. Entonces como otras veces, fui por el subterráneo, y me quedé debajo de la trampilla, oyendo lo que hablaban… Aquella noche, el señor Whitaker mató a tres hombres… Lo oí todo… Luego, supe que los estaba enterrando. Yo no podía moverme, de tanto miedo que tenía… Cuando él, por fin, abrió la trampilla, yo estaba todavía sentada en los escalones… No podía moverme. Me dijo que me iba a matar, y me… me trajo aquí… Quería matarme, y dejarme aquí dentro, pero… pero de pronto, se… se cayó al suelo, y… y…

—Debió desmayarse.

—No, no… Se murió.

—No, señora. Se desmayó, simplemente. Supongo que, además de la herida del brazo, debe tener alguna otra, quizá en la espalda. Superficial, pero después de lo mucho que él trabajó en el invernadero, debió producirle mucha debilidad…, y se desmayó.

—¡Estaba muerto!

Mike Marsh dirigió una veloz mirada al cadáver de Dixon Whitaker, a aquel rostro crispado, a las manos como garras ensangrentadas. Por supuesto, Ruth Cavendish lo había dejado con vida, y Whitaker, al recobrarse, había querido salir de allí como fuese, sin conseguirlo. Una muerte horrible en una tumba horrible, con seis millones de dólares en drogas y dinero. Pero… ¿acaso un traficante en drogas merece mejor suerte?

—Seguramente, me equivoco —consiguió sonreír de nuevo Mike —. Muy bien, estaba muerto. ¿Qué más?

—Nada más.

—¿Nada más? Bueno, ¿no le parece que debió avisar usted a la policía, cuando menos?

—Lo pensé… Pero comprendí que tenía la oportunidad que siempre había esperado. Lo comprendí mientras estaba aquí abajo, escondiéndome de los dos hombres que llegaron luego…

—Marlowe y Wilson, eran sus nombres. ¿Qué oportunidad, señora Cavendish?

—Si lo decía todo a la policía, se quedaría con el dinero… Y yo lo quería. Por fin podía tenerlo, sin pensar en el señor Whitaker, sin tenerle miedo, pues había muerto… Decidí dejar el dinero y su cadáver aquí, esperar un tiempo…

—¿Y marchar a Canadá luego, con el dinero?

—Ya le he dicho que usted no entiende… Ese dinero no es para mí, señor Marsh. Es para esos niños que voy a ver… Ellos lo necesitan mucho más que la policía…

—¿Se refiere a esos niños que tienen poliomielitis, y que usted piensa dedicarse a cuidar?

—Sí, sí, sí…

—Pero…, ¿eso es cierto?

—Sí… ¡Es cierto! Con tanto dinero, tendrán más médicos, más cuidados… Estarán mucho mejor, podrán atender a más niños… Y yo estaré allí, con ellos siempre, cuidándolos como… como si fuesen él…

—¿El? ¿Quién es él, señora?

—El… Mi Dick… Tenía seis años cuando murió. Seis años de sufrimiento, con… con unas piernecitas que jamás… jamás pudieron… sostenerle… Y cuando él murió, yo… yo creí volverme

loca, y luego… ¡He podido hacer tan poco por esos niños que son como era mi Dick…! Pero ahora podré hacer mucho… Tendrán que admitirme para cuidarlos, para dejarme estar con ellos… Pronto tendré mi título, ¿sabe, señor Marsh? Les voy a llevar mucho dinero y siempre estaré con ellos. Les diré cosas para hacerles reír, quiero que ellos sean felices, y que no… ¡No se mueva!

Mike volvió a alzar las manos, presuroso.

—Tranquilícese, señora Cavendish —murmuró, notando un nudo en la garganta—. Vamos, cálmese. Yo la ayudaré. Haremos todo lo posible para que…

—¡No! ¡Sé que se quedarían con ese dinero, y yo lo quiero para ellos! —comenzó a desplazarse hacia las maletas, sin dejar de apuntar a Mike—. Si usted se mueve, señor Marsh, yo… yo dispararé, se lo juro…

Mike no se movió, y Ruth Cavendish tomó la maleta y regresó ante la puerta. Se quedó mirando como absorta al agente, que comenzaba a preocuparse muy seriamente.

—Señora Cavendish…, tenga cuidado con lo que hace…

—No quiero hacerle daño, señor Marsh. Usted es bueno… Usted es de los hombres buenos, no como el señor Whitaker y los otros. No le haré daño. Sólo voy a dejarlo encerrado aquí, mientras me voy con el dinero. Nadie sabe que estamos nosotros aquí… Yo le vi bajar, porque estaba vigilándole… Usted me miraba de un modo raro, y yo le vigilaba, desde la puerta de mi cuarto. Le vi cruzar el vestíbulo, y le seguí. He estado mirando desde ahí arriba… Si usted no hubiese encontrado este lugar, yo me habría vuelto a la cama y habría seguido esperando… Ahora, ya no puedo hacerlo. Ahora, tengo que llevar corriendo el dinero a la institución, para que lo ingresen en su cuenta corriente… ¿Me comprende, señor Marsh?

—Sí, señora Cavendish —había comenzado Mike a sudar—. Pero si usted me deja encerrado aquí dentro, moriré asfixiado.

—Oh, no… Yo llamaré a la casa cuando esté el dinero a salvo, y les diré a sus amigos, o a la señorita Carroll, lo que tienen que hacer para sacarle de aquí. Ya le digo que no quiero hacerle daño… Adiós, señor Marsh.

Salió de pronto, rápidamente, y cerró la puerta, atrayéndola hacia el pasillo subterráneo. Mike lanzó un alarido, y se abalanzó contra la pared.

* * *

—¡Señora Cavendish! —aulló—. ¡Señora Cavendish, abra esta puerta! ¡SEÑORA CAVENDISH…!

Se calló de pronto, y quedó con los puños en alto, doloridos, rasguñados… Se pasó una mano por la frente, y la encontró llena de sudor. No sólo era el calor, sino la angustia. Una nueva mirada al rostro de Dixon Whitaker llevó un gélido estremecimiento a su sudoroso cuerpo. Volvió a alzar los puños, pero de nuevo se contuvo.

—No —jadeó—. Sólo conseguiría destrozarme las manos, como Whitaker… No es ése el modo… ¡Dios…! ¿Para cuánto tiempo tendré aire aquí dentro…?

Se quedó ante la pared, allá donde estaba la puerta que no se podía abrir desde dentro. Durante un par de minutos, fue incapaz de reaccionar, de pensar. Y no fue poco el esfuerzo que tuvo que hacer para apartar de su mente la única idea que latía en ella: la muerte por asfixia. Cuando lo encontrasen, estaría igual que Dixon Whitaker…

«Las balas —pensó—. ¡Las balas!».

Recogió las pistolas que había en el suelo, extrajo el cargador, y de éste las balas, que fue amontonando.

Podía conseguirlo: podía fabricar una pequeña bomba con la pólvora de las balas, y derribar aquella pared. Se las arreglaría para…

Estaba mordiendo la primera para separar el plomo del cartucho, cuando oyó el suave chasquido. Alzó la cabeza, todavía con la bala en los dientes, y sus ojos se desorbitaron cuando la puerta comenzó a abrirse. Se puso en pie de un salto…, y, al mismo tiempo, Sheila Carroll aparecía en el umbral, con los ojos menos desorbitados.

Durante un par de segundos, se quedaron mirándose, ambos tan asustados, que no pudieron decir una sola palabra. De pronto, la barbilla de Sheila comenzó a temblar, en un tartamudeo que el agente no entendió en absoluto…, y que no le importaba absolutamente nada. Se acercó a ella, y la tomó por los brazos.

—Tranquilícese —murmuró con voz ronca—. Tranquilícese, señorita Carroll…

Ella estalló en sollozos, y le echó los brazos al cuello. Mike

Marsh se quedó sin saber qué hacer, notando en su pecho las lágrimas de ella. Por fin, la abrazó por la cintura, apretándola suavemente.

—Está bien… Está bien, señorita Carroll… Usted está aprendiendo a llorar estos días mejor que en Tres caminos y un destino… A partir de ahora, apuesto que será mejor actriz todavía… Suponiendo, claro, que eso sea posible…

Ella alzó la cabeza, y siguió tartamudeando, con los ojos llenos de lágrimas:

—Yo… yo… yo… yo…

—Bueno, bueno… Tranquila… Vamos a salir de aquí los dos ahora mismo. Siga llorando, siga llorando…

Manteniéndola abrazada por la cintura, recorrieron los dos el subterráneo. Al llegar a las escaleras, le dio la mano.

Y justo entonces, un sonido inconfundible llegó a oídos de Mike Marsh: taca-taca-taca-taca-taca…

—El helicóptero… ¡El helicóptero!

Dejó a Sheila en el vestíbulo, cruzó éste corriendo, y se lanzó como una tromba dentro del salón, que recorrió en pocas zancadas. Abrió la puerta-ventana, y se lanzó por la terraza, ya pistola en mano. Quedó tendido boca abajo, alzando la cabeza, escrutando el cielo estrellado, en el cual se oía cada vez más claramente el rumor de un helicóptero…

—¡Kerwin! —llamó.

—¡Cállate! —Le llegó la voz de su jefe desde un rincón del jardín.

Mike Marsh se pasó una manga por la sudorosa frente, y sonrió torcidamente. Si el buen Kerwin hubiera sabido lo cerca que había estado de callarse para siempre, enterrado en vida, seguro que habría replicado de otra forma. Aunque… Sí, estaba seguro de que Ruth Cavendish habría llamado a tiempo de que lo sacasen de allí con vida. Completamente seguro. Pero, demonios, el susto que…

El helicóptero apareció, de pronto, visibles sus luces reglamentarias, y el rumor de su motor fue siendo cada vez más audible, molesto, mientras el aparato descendía sobre el jardín de la quinta de Dixon Whitaker.

CAPÍTULO X

Finalmente, el helicóptero quedó en un lado de la circular explanada central, y un hombre saltó a tierra. No podría ser de otro modo… Primero, no se habían enterado de lo sucedido allí. Y segundo, de ninguna manera iban a dejar pasar el cobro de tres millones de dólares…

El hombre caminaba hacia la casa, al parecer un tanto indeciso, cuando Mike vio aparecer de entre unos árboles la silueta para él inconfundible de su compañero Barry.

—¡Alto! —le oyó gritar—. ¡Entréguese al FBI!

El hombre pegó un bote y luego se quedó como petrificado, mientras, cerca del helicóptero, se oía ahora la voz de Kerwin.

—¡Les estamos apuntando! —advirtió—. ¡Salgan ahora mismo de ahí o comenzaremos a disparar!

La respuesta fue dada por el helicóptero, y no pudo estar más clara: su motor comenzó a funcionar de nuevo, las grandes aspas a girar cada vez más velozmente, elevándose…

—¡No! —aulló el que estaba en tierra—. ¡Esperadme…!

Dio la vuelta, y comenzó a regresar a toda velocidad hacia el aparato, mientras sacaba su pistola, y se volvía a medias, sin dejar de correr, hacia donde sonaba de nuevo la voz de Barry, conminándole a detenerse, a entregarse…

* * *

El primero en disparar, fue el hombre del helicóptero.

Luego, Mike Marsh y Barry dispararon a la vez contra él, y le vieron dar una espeluznante, sorprendente vuelta en el aire, que lo llevó finalmente de cabeza contra el suelo, donde quedó inmóvil.

Pero a este hombre, ni Barry ni Mike le hacían ya caso. Se habían vuelto ya hacia el helicóptero, que se iba elevando, mientras por un lado, desde la abierta puerta corrediza, disparaban hacia donde había sonado la voz de Kerwin. En la oscuridad, los fogonazos fueron perfectamente visibles, como brochazos de luz roja… Mike Marsh alzó su pistola, y disparó contra el helicóptero, al mismo tiempo que los otros tres agentes… El aparato pareció, primero, convertirse en una gran bola de diamantes, efecto que produjeron los minúsculos trozos de los parabrisas y protectores al estallar bajo las balas y relucir a la luz de las estrellas… A continuación un hombre apareció en el borde de la portezuela derecha, y, desde una altura que ya alcanzaba los veinte pies, por lo menos, se lanzó hacia tierra, como un loco… Pero, casi simultáneamente, una llamarada en el aparato, explicó perfectamente la conducta del hombre, que se estrelló contra la tierra batida de la explanada.

Y, en seguida, todo el helicóptero se convirtió en una enorme bola de fuego. Roja, negra, morada, amarillenta… El estampido fue horrible, la bola de fuego se dispersó, y un intenso calor llegó como un violento impacto hasta el suelo, produciendo en los rostros de los federales una sensación casi quemante.

Acto seguido, lo que quedaba del helicóptero cayó, dando espectaculares vueltas, en un lado del jardín, donde se alzó todavía una llamarada.

—¡Mike! —gritó Kerwin—. ¡Llama a los bomberos, y a una ambulancia, date prisa…!

Marsh se dispuso a entrar en la casa, pero, justo entonces, el coche de Dixon Whitaker apareció a toda velocidad de dentro del garaje, y se lanzó hacia la salida de la quinta. Boyle y Barry aparecieron corriendo en la explanada, todavía pistola en mano, pero Mike les gritó:

—¡Dejadlo! ¡Es la señora Cavendish, y tiene una pistola! ¡Apartaos!

Los dos federales se apartaron, y el coche pasó zumbando junto a ellos, que se habían tirado al suelo en su afán de alargar más el salto de alejamiento. Y mientras Boyle y Barry se ponían en pie mascullando, bañados por la luz roja del incendiado helicóptero, y Mike Marsh entraba en la casa corriendo hacia el teléfono, Ruth

Cavendish salía de la quinta, a toda velocidad, llevándose tres millones de dólares.

—No irá muy lejos —jadeó Mike, marcando dos números en el disco telefónico—. ¡Póngame con la patrulla de carreteras! Es urgente… ¡Le habla el FBI! ¡Sí, he dicho el FBI! —Hubo una breve pausa—. ¿Patrulla? Soy Mike Marsh, agente del FBI. Escuchen atentamente: lo primero de todo, enviar un coche de bomberos a una quinta al sur de Cicero, en la orilla del Ontario. Y también una ambulancia. Luego pongan en movimiento a todos sus hombres, y avisen a la policía para que todos busquen en un radio de veinticinco millas, un coche marca «Dodge», modelo GT 3600, que conduce una mujer, y que…

* * *

—Bueno… —suspiró Mike, pasándose una vez más la manga por la frente—. Esto va a ser colosal, Kerwin… ¿Qué te han dicho los de la patrulla?

—Han detenido a la señora Cavendish en la Estatal 5, entre Chittenango y Oneida. Me lo acaba de decir el jefe del patrullero que acaba de marcharse, al recibir la información por la radio de su coche. La llevarán directamente a la agencia, y nos esperarán allí.

—Bien… Me gustaría saber qué va a ser de ella.

—No lo sé, Mike. ¿Cómo están esos tres tipos del helicóptero?

—Uno de ellos ha salvado la vida. Nada menos que el que se tiró del helicóptero. Se ha roto una pierna y una clavícula. Mañana mismo podremos interrogarle, al parecer. Y con lo que él nos diga, la policía canadiense va a hacer una buena redada allá.

—Magnífico. Bueno, yo creo que éste ha sido un formidable trabajo, ¿no?

—Me preocupa la señora Cavendish.

—Bueno… Por lo que me ha contado la señorita Carroll, yo creo…

—¿Ella te lo ha contado? ¿El qué?

—Pues parece que ella oyó la puerta de la señora Cavendish, y, como no podía dormir, saltó de la cama, y salió del dormitorio. Vio a la señora Cavendish caminando sigilosamente hacia la puerta del vestíbulo que lleva al subterráneo, y fue tras ella. Al ir a bajar, la señorita Carroll oyó a la señora Cavendish, y te oyó a ti… Vio esa

puerta del subterráneo, el hueco, con luz…, y no sabía qué hacer cuando vio salir a la señora Cavendish con una pistola en la mano. Así que, asustada, se apartó, y la dejó salir. Está claro que la señora Cavendish se las arregló para llegar al garaje sin que nosotros la viésemos, y aprovechó la confusión para salir disparada. Para entonces, la señorita Carroll, que había visto cómo cerraba la puerta la señora Cavendish, fue allá y la abrió.

—Fue muy oportuna —murmuró Mike—. Mira, Kerwin, lo que sucedió allí lo sé yo mejor que la señorita Carroll… Y me gustaría hacer algo por la señora Cavendish.

—¡Es una loca! Pudiste morir ahí abajo, igual que Dixon Whitaker, Mike.

—No, no, no… Estoy seguro de que ella habría llamado por teléfono muy pronto, para deciros dónde estaba y cómo sacarme.

—Tu buena fe es admirable, Mike.

—Lo habría hecho, Kerwin, te lo aseguro. En cuanto al dinero, no era para ella… ¿Recuerdas esos niños con poliomielitis que ella quería ir a cuidar dentro de poco?

—Sí… Habló de eso, sí. Lo recuerdo.

—Era para ellos.

—¿El dinero era para esos niños?

—Sí.

—Vamos, Mike…

—Te apuesto lo que quieras a que cuando la han cazado, ella estaña ya muy cerca de donde hay una institución destinada a cuidar de esos niños. Quería entregar allí el dinero… Me apuesto la cabeza.

—Bueno… —vaciló Kerwin—. Mira, yo soy un agente especial, como tú, y no puedo tomar esa clase de decisiones… Nos vamos a enterar de si eso es cierto. Y si lo es, te apoyaré en conseguir lo menos malo posible para la señora Cavendish. No puedo hacer más.

—Lo entiendo. —Mike puso una mano en un hombro de Kerwin —. Y tampoco te pido más. Bueno, creo que… Un momento… ¿Dónde está la señorita Carroll?

—Los del coche patrulla se la han llevado a Syracuse.

—¿Se ha ido?

—A su hotel, o a otro. Mañana pasará por la agencia.

—Bien… Bueno, realmente, esta casa ya no debe gustarle

demasiado, supongo.

—Me dio un recado para ti, pero no sé si lo entendí bien.

—¿Qué recado? —exclamó Mike.

—Vamos a ver… Creo que fue algo así: que a ella lo que no le gustó de tu suposición fue eso, que fuese una suposición, que preferiría que hubiese sido realidad.

—¿Qué suposición?

—¿Y yo qué demonios sé? —masculló Kerwin—. Venga ya, vámonos, que todavía tenemos mucho trabajo —se dirigió hacia el exterior, pero se volvió al no ver a Mike a su lado; Mike estaba como clavado al suelo, estupefacto el gesto—. Bueno, tú: ¿estás sordo? ¡Hay mucho trabajo!

De pronto, Mike Marsh abrió mucho los ojos y en seguida lanzó un aullido de alegría:

—¡Estupendo! ¡Estupendo mil veces…!

—Bueno —movió la cabeza Kerwin—. Muchacho, eres todo un caso: nos espera una noche de perros, y dices que es estupendo. Pero ya que tanto te gusta, ¡muévete!

ESTE ES EL FINAL

—Señor Marsh…

—Esto… Buenos días, señorita Carroll. ¿Molesto?

—Pues… No, no…

—Si no está segura…

—Estoy segura. La decoración puede esperar, supongo.

—Si… Ejem… Esto… Bueno, he sabido que usted había comprado esta otra casa, por fin, y me ha parecido que debía saludarla. Cuando usted fue a la agencia, Kerwin y yo habíamos salido hacia Canadá, donde ayudamos a la policía de allí. Fue una redada de lo mejor del siglo.

—Me alegro mucho por usted, señor Marsh. Supongo que eso será bueno para su trabajo.

—Oh, sí… Bien, en estos momentos, Kerwin está preparándose para marchar a Nueva York, a un cargo más importante. En cuanto a mí, me han concedido el puesto de Kerwin, así que…, ahora soy un jefecillo del FBI… ¡Je, je!

—¿De qué se ríe?

—Pu… pues yo… No sé… ¡Bueno…! ¿Y qué tal esta otra casa?

—Es un poco más pequeña que la del señor Whitaker, pero la prefiero. Y como recuperaré el cheque que le había entregado, pues lo tenía en un bolsillo, resulta que aún me he ahorrado cinco mil dólares.

—Caracoles, qué bien… ¿Sabe usted? Me parece que vamos a conseguir que a la señora Cavendish la condenen sólo a dos años de reclusión, por el homicidio por imprudencia de Dixon Whitaker. Y como resulta que todos saben que Whitaker era un canalla, no me

sorprendería que le rebajasen la condena. Además, mientras esté en prisión, se dedicará a estudiar todavía más cosas para poder atender a esos niños cuando salga… En cuanto al dinero y las drogas, a ver si le gusta esta solución: las drogas, se las ha quedado el Gobierno, para su posible y adecuada utilización médica. Y los tres millones de dólares van a ser repartidos a partes iguales entre establecimientos dedicados a la cura de drogadictos, y el de esos niños con poliomielitis… ¿Qué le parece?

—Me parece todo magnífico, señor Marsh. ¿No quiere pasar?

—Bueno… Ya que insiste tanto… Esto… Vaya, he observado que esta casa no tiene… invernadero.

—No lo tendrá nunca —se estremeció Sheila.

—Sí, la comprendo. Mmm… Kerwin me dio su recado respecto a lo de aquella suposición que… Bueno, no he podido venir hasta ahora, pero me gustaría saber… si lo entendí bien. Dijo él que usted hubiese preferido que…

—Me parece… que Kerwin te dio mi recado… estupendamente… —musitó ella—. Sí, estupendamente…

—Cuando un hombre consigue dos cosas de las tres que ha deseado siempre, ya puede darse por satisfecho —dijo muy juiciosamente el agente—. Y, a propósito de conseguir cosas —sacó un papel—, ¿te importaría firmar aquí?

—¡Mike…! ¡Qué tontería! ¿Cómo puedes pensar ahora en autógrafos…?

—Pero qué autógrafos ni qué pitos —sonrió astutamente el hombre del FBI—. ¡Esto es una licencia de matrimonio!; claro que si no quieres firmarla…

—Señor Marsh —dijo Sheila Carroll cuando salió de su pasmo—: acaba usted de conseguir que se me despierten unos deseos terribles… de firmar autógrafos.

Mike la besó de nuevo en la boca, y dijo:

—Por algo se empieza, señorita Carroll…

FIN

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

Impreso en España

PRECIO EN ESPAÑA: 25 PTAS.



Lou Carrigan es el seudónimo de Antonio Miguel de los Ángeles Custodios Vera Ramírez.

Nacido en Barcelona en 1934, finalizó en 1953 sus estudios de Peritaje Mercantil, ingresando acto seguido en la banca. En 1958 comenzó a escribir novelas de aventuras, sacrificando el tiempo y los días libres que le dejaba su empleo. El primer western, titulado Un hombre busca a otro hombre, apareció en marzo de 1959; a final de 1959 había escrito 6 novelas del Oeste.

Tras el éxito de sus primeras ediciones, en 1962 abandonó su trabajo en el Banesto para dedicarse en cuerpo y alma a la redacción de novelas de género: aventuras, western, artes marciales, terror… pronto se convirtió en uno de los adalides de aquella generación de autores de «bolsilibros» que teñían sus raíces con barniz anglosajón, aplicado al nombre principalmente: Silver Kane (Francisco González Ledesma), Curtis Garland (Juan Gallardo Muñoz), Joseph Berna (José Luis Bernabeu López)…

Especialmente, la vertiente policíaca y de espionaje han sido las que han conferido a Lou Carrigan mayor reputación entre sus miles de fans, permitiéndole trabajar para editoriales punteras en aquellos días como Rollán, Bruguera, Petronio, Producciones Editoriales,

etcétera.

También ha producido medio millar de títulos protagonizados por un mismo personaje, la letal espía *Baby*, éxito de masas en la América hispana y sobre todo en tierras brasileñas.

En 2004 el propio autor cifraba en más de 1100 los libros realizados, algunos reeditados hasta cinco veces, y con numerosas ediciones pirata.

Ha utilizado otros seudónimos como Angelo Antonioni, Crowley Farber, Mortimer Cody, Lou Flanagan, Anthony Hamilton, Sol Harrison, Anthony Michaels, Anthony W. Rawer, Ángela Windsor y Giselle…